

CUENTOS DEL INSOMNIO



Héctor Alvarado Díaz



Primera edición, 2017
D. R. © 2017, de la presente edición:
Secretaría de Educación Pública
ISBN pendiente

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Educación Pública

Impreso y hecho en México



DGESPE
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN
SUPERIOR PARA PROFESIONALES DE LA
EDUCACIÓN

SOMOS
NORMALISTAS

Directorio

Mtro. Aurelio Nuño Mayer
Secretario de Educación Pública

Dr. Salvador Jara Guerrero
Subsecretario de Educación Superior

Mtro. Mario Alfonso Chávez Campos
Director General de Educación Superior para
Profesionales de la Educación

Mtro. Edgar Omar Avilés Martínez
Director de Profesionalización Docente

Cuidado de la edición: José Agustín Solórzano
Formación y diseño: Víctor Solorio Reyes

<http://www.dgespe.sep.gob.mx>
<https://www.facebook.com/somosnormalistas>

Sinsentidos

Las erratas.

Granos de cáncer.

Alacranes dormidos.

Polvo negro de los brujos.

Lacras que crecen en proporción directa con la falta de cuidado hasta volver un laberinto la página primitiva.

La ingenuidad del autor es siempre su cadalso: se entrega la colaboración regular al suplemento/revista o el original del libro al responsable editorial, y sin demasiada esperanza uno se pregunta si tendrá oportunidad de verlo antes de aparecer publicado. Una llamada del editor sería prueba de la existencia de un orden superior. Pero de los ingenuos es el reino de la errata.

Sabrán Dios de dónde nace en el escritor una secreta confianza en que el texto, ya salido de las manos, tiene súperpoderes y se defenderá por sí solo de los arrebatos, los aceleres, las lecturas erróneas, los maquinazos, descuidos, malas leches y enmiendas de última hora que redactores o correctores de estilo, iluminados por sus luces de 2.5 watts, asestan a los escritos ajenos.

En épocas de copy/paste y aún sigue habiendo duendes que electrocutan las palabras deformando su rostro

original hasta convertirlo en una caricatura de lo que fue.

No hay forma de narrar el primer encuentro con la errata.

Es una mancha en el universo, un lunar que da la impresión de ser algo pequeño molesto y medio enconoso.

Está ahí, frente a las pupilas, como prueba de que el día se tropieza, y sin embargo no queremos creer que su existencia es definitiva.

Tomamos otro ejemplar de la revista del estante, abrimos otro ejemplar del libro. Nada cambia. El resultado es el mismo y la causalidad rige insoportable el transcurso de los minutos en que el cuchillo de la errata abre cada vez con mayor facilidad la carne.

Ya ni sudar es bueno, ya ni maldecir porque la maldición se ha vuelto contra uno: tanta batalla para darle sentido al mundo y lo primero que aparece es la ausencia de sentido de nosotros mismos.

Alguien detrás del hombro nos ha roto sobre la página un pomo lleno de tinta y a pesar de todo somos responsables de lo que ahí dice o parece decir. Descuadrado y fútil, el sentido se aleja, le decimos adiós con la mano, las líneas pierden consistencia, se derriten como una crema que se descompusiera en sus elementos extraños.

Entonces comienza el conocido juego de ¿quién tuvo la culpa? Tinmarín de do pingüé, yo no fui, fue Teté, fue el autor, je, je, je.

¿Con qué artes siniestras desaparece la primera página de un cuento?

¿Cómo se le hace para saquear una estrofa sin darse cuenta?

¿Cuál fórmula cifrada convierte un personaje en otro?

¿Qué ceguera homérica hace que concha se vuelva roncha o árbol termine en trébol?

Debería existir una ley que colgara de los pulgares a los editores, correctores, secretarios de redacción o coordinadores de suplementos.

Exhibirlos desnudos a cielo abierto un domingo de canícula en plaza pública de Fez, El Cairo, Hermosillo, Mexicali o cualquier otra ciudad calurosa, que espinas les traspasen las coyunturas mientras todas las erratas que haya en su haber estén pegadas a su humanidad, que cada una les quemara el cuero, se les metiera por los siete agujeros de la cabeza, que algunas erratas resbalaran de arriba abajo a su antojo confricando el orden de los hemisferios cerebrales, produciendo una afasia galopante idéntica a una terapia de choques eléctricos que si bien no los redimiría al menos dejaría secuelas incurables. En cobertura nacional ver cómo danzan "La marcha de las letras"...

Lo cierto es que la errata es rejón de castigo cuando aparece en forma de dedazo que aún rescata el sentido original de la palabra.

Estocada mortal cuando rompe la frase.

Aerolito incandescente sobre el hogar cuando desaparecen unas líneas.

Apocalipsis infatigable cuando por obra del retraso mental o el onanismo de oficina nadie sabe nadie supo dónde quedó la página 1 o la 22.

¿Hay una manda qué pagar?

A saber:

Tal vez cumplan una tarea importante estos vengadores anónimos: andan por el mundo castigando las maldades de anteriores reencarnaciones, tratan de organizar la entropía, enderezar lo inderezable, que el cosmos dé un vuelco y se arme un revuelo de perfectas sincronías desorganizadas.

A saber:

Celos

*Pobre, pálida, mísera forma
que persigo en la tormenta;
lágrimas de hierro y quejidos de plomo
me ciñen la doliente cabeza*

William Blake

Todo se inicia con una aparente futilidad: Juan regresa del campo de tiro y hay una carta en el buzón.

Está dirigida a **S**; así nada más.

La esposa de Juan se llama Socorro.

Antes de leer con cuidado la dirección, busca el remitente: *De quien ya sabes.*

Entonces Juan ya no sigue adelante, no puede ver que en realidad la carta debió entregarse en el sector 12 de la colonia, y no en el 13, donde él vive, debido a que el cartero resultó supersticioso y qué más da, una carta se pierde aquí y en China.

Las púas de la incertidumbre pinchan conforme Juan busca a su mujer en la cocina, el patio, la recámara y el escusado.

No está en casa. Obvio, de otro modo hubiera recogido la misiva.

Tenían dos años de casados y hasta ese día Juan nunca abrigó sombra de desconfianza, no, señor. Socorro era una mujer especial, comunicóloga de profesión, inteligente, y si algo había recibido de ella era precisamente comunicación, paciencia y ese don de Socorro para analizar y superar los problemas diarios, nimios o trascendentales, que se habían presentado hasta entonces...

Pero, *De quien ya sabes*, lee y relee resoplando quedamente.

Juan se sirve un trago de brandy, fuma tres cigarrillos mientras el enojo se le clava en una zona imprecisa entre el cuello y el hombro. Sacrifica el cuarto tabaco en el cenicero y rompe al mismo tiempo la cejilla del sobre y seis años de feliz matrimonio.

Dentro había la foto tamaño credencial de un tipo moreno, cejijunto, ojigrande, labitosco, de mostacho tupiespeso, y una breve nota: *Lo prometido, aquí está tu verdadero Juan. Como quedamos: a las 10 donde siempre.*

Furibundo, Juan repasó letra a letra aquella caligrafía casi infantil, bebió de un envió el brandy doble y miró el reloj; eran las siete cincuenta. Quiso establecer la forma en que Socorro se las arreglaba para verse con *De quien ya sabes*. Repasó cada movimiento diario de su esposa; era muy difícil que se viera con el pelado por la mañana, además de anticlimático resultaba apresurado porque ella tenía que llevar a los niños e irse corriendo a la redacción de la revista donde trabajaba; de vuelta, pasar al súper, recoger a los niños y cocinar para recibirlo a eso de las tres; dormían juntos una siesta de tres treinta a cua-

tro, y luego Juan se iba para regresar a las ocho; de ahí en adelante no se separaban...

Pero de pronto se le fue aclarando el paisaje, había tres irrupciones en la mecánica de todos los días en las cuales Socorro tenía el tiempo justo para encornarlo: 1) Los martes, de siete a diez de la noche, asistía a una reunión con las compañeras de la revista, una especie de taller en el que todas discutían, analizaban lecturas y planteaban problemas personales respecto a la condición de la mujer. 2) Los jueves, después del trabajo, Juan se iba al campo de tiro con sus excompañeros de la facultad de Ingeniería Mecánica y regresaba entre las siete y las ocho. 3) Los domingos Socorro se iba a comer con su mamá desde temprano para regresar alrededor de las seis.

Pero hablemos de Socorro. No era un una mujer sumisa, ni una ama de casa atareada, ni una esposa mártir, sino un poco de todo ello para formar su vida navegable al lado de Juan que, aunque no brillante, era un hombre apacible y trabajador, bien parecido, con un sentido del deber que en ocasiones la dejaba admirada, y respetuoso del trabajo que ella desempeñaba. ¿Amantes?, bueno, sí, pero nada en serio, pues opinaba que las relaciones de pareja debían sustentarse en un conocimiento profundo, tal vez de años, que no estaba dispuesta a emprender. Disfrutaba de la libertad de los martes con toda su alma, aprendía de sus compañeras, ponía el corazón de por medio cuando sus amigas sufrían algún trato injusto de parte de los hombres, y consideraba el

adulterio con mano dura si éste se daba en términos de venganza o de pretendida justicia. A veces ponía a Juan de ejemplo ante la colectividad, un hombre seguro de sí mismo, profesional, comprensivo y solidario con los intereses de la mujer del siglo XXI.

Así pues, no, la carta que Juan tenía en la mano, casi húmeda de tanto que la había llevado y traído mientras caminaba por la casa, no estaba dirigida a Socorro... Pero eso era lo menos importante. La sala era una jaula que ya le iba quedando estrecha al energúmeno que Juan mostraba poco a poco espoleado por los celos; *De quien ya sabes; A las 10 donde siempre; Aquí está tu verdadero Juan;* y el falso Juan ahí, de pie en el centro de la nada con su copa a medio vaciar, la mirada inyectada de cólera, el cabello revuelto, la piel brillosa tan distintiva del homicida.

Él no era un tipo violento, de hecho la última vez que se peleó fue engatusado por sus compañeros de la secundaria hacía casi veinte años, y su única afición era ir al campo de tiro. Pero ahora las ganas de matar o ser muerto le brotaban por cada poro, la ropa se iba humedeciendo, la sangre agolpada en el rostro para hacer que semeajara una estatua de mármol rosa en medio de la sala y entonces, cuando estaba a punto de gritar con toda la energía de su frustración, Socorro abrió la puerta.

Llevaba en equilibrio un paquete de revistas las cuales dejó sobre la mesa del teléfono para después suspirar un cansancio apresurado, dirigirse a Juan, darle un beso de

bienvenida en la mejilla y seguir con paso raudo hacia la recámara en el segundo piso.

Juan arrugó la carta al oír el chorro de la regadera.

—Amor, ¿no me traes un jabón de la despensa?

La tranquilidad en el tono de su mujer hizo que se enfureciera aún más, pero de pronto cayó en la cuenta de que, si lo veía en ese estado, Socorro sospecharía y quizá cambiara su plan nocturno con *De quien ya sabes*, de modo que fue a la despensa, tomó el jabón y se lo dio en propia mano.

—¿Vas a salir, hija?

—¿Cómo? No te oigo.

—Que si vas a salir.

—Sí, tenemos una reunión extraordinaria en la revista.

—Ah.

Socorro salió de la ducha en calzones. Espigada, firme, piel suave perlada de agua y cabello liso hasta los hombros, ella parecía inocente y más sensual que nunca, debido a lo cual a Juan se lo llevaba el demonio al imaginar al otro Juan, al *verdadero*, poniéndole encima una uña siquiera. Pero se contuvo, aparentó.

—¿A qué horas regresas, Soco?

—No sé, a lo mejor tarde, pero de allá te hablo por teléfono.

Y convocado por Socorro sonó el aparato. Ella, arrojando el cepillo, se abalanzó a contestar.

—Sí, sí...¿No pudieron?...Ajá, bueno, pues yo lo recojo...A las diez, claro.

Juan había encendido un cigarrillo, mordía el filtro des-
pistadamente. Socorro continuó acicalándose y le explicó:

—Están nerviosas, es que vamos a publicar un número de
aniversario y no hemos completado el material. Además nece-
sitamos asesoría, contratamos a un especialista de la UNAM.

—No es la primera vez que viene, ¿verdad?

—Es su tercera o cuarta visita.

Y se puso el vestido de rayón que ceñía sus formas con
una prontitud que a Juan le pareció demasiado.

—¿Vas a llevar ese vestido? ¿Es baile o qué?

—Es muy fresco—dijo mirándose al espejo—, nada
más por eso me lo pongo... Oye ¿qué te pasa? estás muy raro.

Juan trató de sonreír, luego bostezó.

—Nada, estuvo cansado el día.

—Duérmete temprano.

Y Juan se retiró farfullando su enojo sin que lo oyese has-
ta la cómoda donde guardaba las pijamas. Se desvistió muy
lentamente, de modo que cuando Socorro se despidió, él
apenas se había quitado zapatos y calcetines. Se los calzó
de nuevo, tomó el revólver del ropero y salió tras su esposa,
A las 10 donde siempre, sin saber que la superstición del car-
tero era la culpable de todo el asunto.

Aunque no nadaban en dinero, tenían un carro compacto pa-
ra cada quien. Socorro partió, y Juan, unos segundos de por
medio, dio marcha adelante rumbo a sabría Dios qué destino.

Conducía a distancia prudente, de forma que no pudie-
ra reconocerlo pero que tampoco pudiera escapársele de la

línea visual. Al poco andar, Socorro se detuvo en una esquina y Juan vio que alguien, un alguien de traje y sombrero, subió muy rápido.

Llevaba los ojos cristalizados de ira. A todo lo que daba su Tsuru, no respetó semáforos ni señales con tal de ir pegado, a no menos de veinte metros, a la defensa del Astra de su mujer.

Arriesgándose a un accidente, logró encender un cigarrillo; para él todo estaba claro, allá adelante iban los adúlteros rumbo a un departamento o cuarto de hotel, y repasaba el frío metal de la pistola que descansaba sobre el asiento como copiloto silencioso y fiel.

Las calles de la ciudad eran como los toriles que conducen a la bestia, ciega, enfurecida y llena de energía, hacia su cruel destino, hacia la cita inevitable con el acero y el rejón de muerte: Calzada Madero, Revolución, Sendero Sur, fueron las vías de acceso hasta la colonia Contry, donde Socorro se internó y, tomando por callejuelas y meandros retorcidos, llegó a un mirador desde el cual se divisaban las luces gelatinosas de la ciudad. Paró el auto. Juan de inmediato se estacionó y apagó los faros.

Podría decirse que las cosas hubieran sido de modo distinto si Socorro y el hombre de traje no se hubiesen bajado del carro, sentado en el cofre y fajado tan prontamente. Pero lo hicieron, y la cabeza de Juan fue un volcán sin control conforme encendía el motor y arrancaba calle arriba a toda velocidad sacando el brazo que ya era uno con la pistola, disparando como gángster de los veinte, hundiendo el acelerador

con el intenso fervor de los celos, hasta que todo fue confusión de golpes metálicos y chatarra precipitándose al vacío.

Así pasa

El perro del vecino está muerto en el quicio de mi puerta.

Si vivo era horrible con su pelo gris y agreste, muerto es de una fealdad intolerable. Se acostó de lado, su ojo gelatinoso parece dirigirme una acusación. Es un estorbo que detiene mi salida rumbo al aeropuerto para atender a un escritor amigo a quien llevaré de gira por espacios promocionales de radio, prensa y televisión antes de irnos a comer y finalmente a la presentación de su más reciente libro.

Suelo no creer en avisos ni señales, estos tiempos ya son de por sí confusos como para andar enderezando hipótesis que lo lleven a uno al filo del abismo. Si nos ponemos a interpretar la forma de las nubes como si guardaran los secretos del mañana, ya veo a la humanidad consumiéndose en el fuego de la paranoia.

Claro que no es lo mismo que amanezca ponchada la llanta justo el día de la cita de trabajo de la que dependen los próximos meses de sobrevivencia o que se vaya la electricidad en medio de la escritura de un archivo importante que no salvamos. Pero un perro muerto en la puerta de la casa califica como un evento que a cualquiera lo pone al menos nervioso, no por su dosis de superstición, sino más bien por aquello de que se trate de algún mensaje del crimen organizado.

Un perro es un perro es un perro.

No quiero transpirar ni ensuciarme la ropa. Mover el cadáver con las manos me invita al vómito y empujarlo con los pies dejaría huellas y olores en mis zapatos.

Cuando el vecino se entere va a entrar en crisis. Es un viejo misántropo y corajudo que no habla con nadie fuera de las frases que le prodiga (ahora se impone decir: prodigaba) al perro para que entre a su casa después de cagarse en el cuadro de tierra que intento convertir algún día en jardín.

Todo el barrio sabía el nombre del perro: Prometeo, pero del de él no había quien tuviera idea. Se la pasaba encerrado a toda hora salvo el rato en el que le abría la puerta a Prometeo para que fuera a empuecar las banquetas y jardincitos de la zona, y un rato después lo llamaba con una voz aflautada que quería simular carácter.

Me ahoga la prisa pero no puedo abandonar el cuerpo. Es una señal ominosa de muerte justo a la entrada de mi hogar. Pronto la peste, las moscas y el vecino se encargarán de que el mundo se entere de lo que parece un canicidio a cargo del escritor que odia a Prometeo porque, además de las cacas que tiene que limpiar casi a diario, ve con evidente desagrado la fealdad y escaso pedigrí a los que su dueño es ciego.

Hago el primer contacto: piso el cadáver. A decir de la rigidez, debe tener horas descomponiéndose mientras yo dormía tranquilamente.

En fin. Hay que hacer algo.

Voy a la lavandería, traigo dos toallas sucias y casi sin meditarlo agarro a Prometeo de las patas para arrastrarlo hacia la calle —espacio natural que debió haber escogido para morirse—, pero demasiado pronto veo que una huella de líquido seroso y seguramente al borde de la putrefacción, señala cada centímetro del camino.

Asco. Bochorno. Contrariedad. Tengo que irme, carajo.

Sin mejor opción sigo estirando, el perro es como un barco que se niega a dejar el muelle. Jalo con fuerza pero al tiempo contengo el despliegue de fuerza como quien no quisiera invertir más que lo necesario para cumplir con la tarea.

Sólo deseo que pase rápido este proceso que me produce arcadas. Tengo suspendida la respiración calculando cuál sería la meta más rápida y accesible: ¿el bote de la basura, la banqueta, el límite territorial entre mi casa y la del vecino?

Finalmente lo dejo sobre la cama de tierra de mi futuro jardín donde Prometeo hizo tantas veces de las suyas.

Arrojo las toallas al basurero. Reviso que ni una pringa haya manchado la camisa, el pantalón o los zapatos. Entro a lavarme las manos. Luego lleno una tina con *Pinol* disuelto en agua y vierto el contenido de forma errática pero directa sobre la trayectoria chamagosa que describió el cuerpo. Dejo la tina a su suerte. Cierro la casa y me voy.

Mientras conduzco pienso un rato en el vecino. Pobre, era su única conexión con la realidad. Espero que no le pase lo que le suele pasar a los ancianos ante la muerte de un ser muy querido, se van secando, al rato ya ni salen y al final la peste avisa-

ba que expiraron en absoluta soledad. Y espero también que comprenda que nada tuve que ver con el deceso de Prometeo, aunque esa especie de venganza al ir a exhalar su último ladrido precisamente en mi casa, parezca incriminarme.

Doy vuelta a la página.

Recojo a mi amigo. Los vuelos se retrasaron y apenas alcanzará a cumplir con las entrevistas y llegar a tiempo a la presentación. Viene un tanto maltrecho por las desveladas que su libro le ha prodigado en Tijuana, Hermosillo, Zacatecas y Guadalajara, en una gira que ya le está pareciendo más larga de lo que alguna vez imaginó.

Cumplimos con el itinerario de medios y nos quedó un rato para comer agujas norteñas en *El Mirador*. Nos fuimos volando a la presentación de su libro que al cabo de la jornada rebasa sus expectativas de asistencia y vende 120 ejemplares.

Los de la editorial están felices, no dejan que mi amigo y yo terminemos la noche como lo hacíamos en los tiempos en que no era un autor famoso: borrachos hasta la ignominia, por lo que luego de varios intentos de escurrirnos nos despedimos hasta la próxima oportunidad.

A medio camino me acuerdo del perro y una cosquilla mitad desagrado mitad hueva me sube por la garganta. Imagino que el vecino estará sentado en la mecedora y apenas me vea pedirá explicaciones que no podré darle. Las copas de tinto luego de la presentación me atizan las ganas de simplemente llegar y mandarlo al diablo con todo y su duelo. Le gustara o no, iba a explicarle las cosas tal y como ocu-

rrieron. Si lo toma a mal, que con su pan se lo coma, yo me iría tranquilo a dormir.

Cuando llego me doy cuenta de que ya no existen ni la casa de mi vecino ni la mía ni otras dos que aún dejan salir un vaho humoso después de haberse incendiado por horas.

El vecino enloqueció de repente y se puso a lanzar botellas de refresco llenas de gasolina contra las casas cercanas. Dejó que los habitantes salieran y les fue prendiendo fuego.

En un acto final, que incluso alcanzó a filmarse en videos celulares y terminó en el Telediario de las 10 (*Era un hombre pacífico que no se metía con nadie, no sabemos qué le pasó*), el pirómano se roció a sí mismo y emprendió una carrera que duró dos calles antes de caer muerto ante la estupefacción general del barrio.

Creo que después de todo sí tendré que dar algunas explicaciones. Y encontrar un lugar donde quedarme mientras busco otra casa de renta.

Pinche vecino rencoroso que me tocó.

Carta de Relación

Siguiendo con los temas curiosos, raros o escondidos que desta tierra refieren los amautas, mando a Vuesa Excelencia otro dellos muy ocurrente, cuyo origen se pierde en vagas fuentes, donde podrá observar lo harto imaginativo de los naturales desta Nva. España. Si bien la historia completa se ha perdido, quizá este fragmento dará regocijo a su Excelencia.

Esperando que la buena intención que tengo en dedicar este documento a tan ilustre gobernante se imponga a la pobre redacción, quedo a su servicio.

Fray Juan de la Torre Quemada

12-Ahau. Al muy poderoso Señor Quetzalcóatl, Príncipe del Agua, Dueño de las Heredades Divinas y Terrestres, Embajador del Cielo Amarillo, Verde, Rojo, Azul, etcétera.

Esperando que esta relación llegue con bien a sus manos, se apercibieron veinte muy mucho aprovisionadas chalupas con guerreros duchos en las artes de navegar el mar.

He de informarle que hoy día se han divisado múltiples promontorios que ganan

terreno al oleaje como no se habían visto desde nuestra partida del puerto de Tules, por lo dilatado y extraño de su mirar. Desde la chalupa de los dibujantes me hicieron llegar amates con la disposición de las costas encontradas y si no pareciera imaginaria, podría decirle que conforman el perfil de un rostro. Estos dichos promontorios suponemos estén habitados, ya que en ciertos dellos se erigen nichos parecidos de piedra y lodo como los que abundan en las fértiles planicies del Anáhuac, si bien no tan primorosos por tener lo de acá como término picos repugnantes que tratan de alcanzar el cielo, y además muy temprano amaneciendo salen de los dichos picos unos ruidos espantosos como de metales entrechocando, los cuales de tan groseros y sin ritmo no dejan dormir a mis hombres, y menos que a nadie al contingente chichimeca de natural belicoso y sueño escaso.

Otros promontorios hay, aunque menos altos, de infinitos colores y todos diferentes entrellos, por lo que se echa de ver que los posibles habitantes desta latitud, con no ser bárbaros o casi salvajes, no tienen veneración por la simetría que enseñaron nuestros dioses ni conocen el arte de edificar.

La chalupa Mayor, que fue bautizada como la Teotihuacán, hace agua por algunas partes. La noche se acerca, así que tendremos que arreglar desperfectos a la luz de los ocotes.

13-Ahau. Pasada la aurora, retorno a contar los detalles de nuestra expedición. Después de las cansadas labores de reparamiento, di permiso a la gente para tomarse algunos jarros de pulque, por lo que amanecemos algo demacrados y sedientos. Como el agua purísima de los manantiales de nuestra tierra ya menudeaba, mandé una piragua de reconocimiento a alguna de las islas que bordeábamos en busca della. La dicha fue capitaneada por Cacátzin, famoso por no reprimir nunca su furor en las batallas. Conforme a su fama, regresó el capitán bañado en sudor por los esfuerzos contra el frío mar. Trajo con él a un prisionero, con cuyo aspecto entendimos la barbarie que los dioses cernieron sobre aquellas heredades que teníamos enfrente: sus ropas cenicientas, hechas de toscos géneros, se acumulaban sin razón, de manera que contamos cinco prendas cubriéndole el cuerpo blanco y peludo, y todas despedían hediondos aromas que no supimos si venían

de la naturaleza de la tela o de la cerrada pelambre de los sobacos. La boca le olía a un pulque más fuerte que el nuestro, y de milagro se sostenía en las piernas, las cuales tenía monstruosamente derechas y no zambas como han de parirse los hombres en las tierras de Su Divinidad. Muchos se asustaron de aquellos ojos al vérselos tan amarillos como los lirios de Texcoco, y atragantaba una pregunta moviendo las manos: ¿uyiqui? ¿uyisqui?, al tiempo que babeaba como si se le aguaran las entrañas. Cuando se le estaba interrogando, el engendro se soltó en vascas apestosas y a continuación se durmió con la peluda cabeza saliendo un palmo de la nave sin preocuparse de las olas que de pronto lo alcanzaban con sus crestas de sal.

Echamos a la suerte si sacrificábamos al extranjero o si era bien conservarlo por si teníamos que intercambiar su indecente humanidad por alimento o agua con las tribus de las islas. Al Sacerdote Máximo, representante de Su Divinidad en este honroso viaje de expedición y conquista, se le incendiaron los ojos y paso toda la tarde afilando el pedernal y mirando de soslayo la piedra sacramental que traíamos en una embarcación aparte. Sin

embargo, tuvo que aguardar mejor ocasión: los guijarros señalaron que el salvaje siguiera vivo para cualquier imprevisto.

Al poco divisamos un muy amplio entrante que podíamos usar como puerto de desembarco, y aunque los remeros necesitaban descanso, resolví enfilarse con la mitad del grupo rumbo a tierra firme.

No bien nos aproximamos cuando aparecieron a flor de océano infinidad de escombros, basuras y defecaciones humanas que, de no ser por el apego y la lealtad de vuestros guerreros, hubieran hecho retroceder al más temerario. Con esto nos convencimos de haber errado el sendero para meternos en un río donde liberaban los intestinos todas las comunidades de estas tierras. Los hombres acataron la orden de no retroceder, pero se quejaban ante las circunstancias pues sus remos se levantaban a cada intento llenos de suciedades y les daba gran asco limpiarlos con las manos. Más adelante, cuando ya era casi imposible continuar por lo duro de la superficie, nuestra piragua de exploración avisó que siguiendo un poco se encontraban grandes y muy lindos puentes a manera de los arcos de sauce que tanto abundan en nuestros ríos. Y sí, ahí se

levantaban unos enormes brazos de piedra que permitían el paso de un lado a otro de la corriente. Se sostenían erguidos por las fuerzas angulares que ya conocemos, pero los naturales deste lugar no utilizan juntas de barro sino que mantienen el equilibrio estático colocando una piedra junto a otra en series de peso-tamaño sin pegamento.

Seguimos adelante y era extraño que a pesar de tal cantidad de inmundicias los que las hicieron no aparecían por ninguna parte. Conforme avanzamos fuimos encontrando muchos de los descritos puentes y cansados, casi a punto de sucumbir, dimos al fin con el nacimiento de desechos: frente a nosotros, horrenda, amenazante, había una gran abertura circular practicada en una pared de arcilla por la que salían torrencialmente toda clase de inmundicias. Las chalupas delanteras cayeron presas de remolinos que se formaban de repente. A fuerza de brazo y voluntad, nuestros esforzados hombres trataron de vencerlos, pero pudo más el miedo de que se los engullera aquella especie de ano gigantesco y no tuvieron más que lanzarse al agua (es un decir) dando grandes voces. Inmediatamente despertamos al prisionero para enseñarle a su

Dios que lo habíamos mantenido con vida y no traíamos intención de ofender a nadie. Pero al huírsele las lagañas, el miserable se comenzó a reír de nuestros guerreros que se debatían entre la vida y la muerte, y no paró de carcajearse hasta que las lágrimas se le saltaron.

El Sacerdote Máximo sacó el pedernal de su funda de algodón y se lo mostró al extranjero, quien mostró una actitud más comedida y sumisa. Nuestros hombres, repuestos del primer susto, salieron de los remolinos, fueron rescatados y convenimos en regresar a donde nos esperaba la otra mitad de la flota. La travesía fue mucho más ligera y al ver a la gente hubo emoción por volver a la limpieza que nos caracteriza. Tomamos pulque hasta la hartura, y sin tardanza se le dio gusto a vuestro representante pasando al prisionero a la chalupa de los sacrificios.

14-Ahau. Otro día amanecido, tornamos a la navegación teniendo más cuidado, y avistamos un puerto grandísimo con multitud de naves estacionadas y pudimos ver que...

Desde los océanos topográficos

El motivo

Macro Tocada de Rock a Beneficio de los Damnificados del Huracán Alex

Tú puedes ayudar. Arma tu banda y lánzate a la Explanada del Parque La Huasteca el próximo sábado 8 de agosto.

Inscripción \$500. (81) 12 22 00/ mataunfresa@net.m.

Desde las 2 de la tarde hasta que se presente el último grupo.

Los roles

—Ya nos inscribí, no quiero perder los quinientos pesos.

—Nada más vamos a hacer el ridículo —se defendió Rolando—, imagínate a unos viejillos ahí dando lástimas.

—Las darás tú —respondió Nico—, yo me veo como hace treinta años.

—Sí, estás igual de feo y de jodido desde entonces. Además ¿por qué a mí me toca la batería?

—¿A poco aspiras a más, güey? —dijo Jimmy.

—Mínimo, el bajo.

—¿Con esos dedos de cachimba? Olvídate, la bataca es chingona, acuérdate de Ginger Baker, de Chris Squire, de Apice el de Cactus...

—De Ringo Starr.

—Tenías que salir con tu mamada —atajó Nico. Acepta ya el destino como baterista y pasemos a los otros puestos. El Jimmy tiene que ser el requinto.

—Óyeme —se quejó Rolando—, pero si este cabrón en su vida ha visto de cerca una guitarra eléctrica, se va a electrocutar cuando la conecte.

—Pues sí, pero es el más prendido de todos.

—Y el más guapo—dijo el Jimmy con un dejo de suficiencia y encendió un cigarrillo.

—Yo me encargo del bajo —dijo Nico—, y no la hagan de tos porque soy el único que tiene experiencia.

—Ni hablar —dijo Rolando—, tu trayectoria te precede, todo mundo sabe que tocas pinche pero feo.

—Además yo voy a pagar la renta de los instrumentos, así que se callan el hocico.

—¿Y los teclados? —quiso saber Rolando ya menos contrariado con el curso de la repartición.

—Pues que se los rifen Miguel Ángel y Alejandro —determinó Jimmy—, el primero que llegue se gana el puesto.

Entonces ya se hizo —dijo Nico—. ¿Vamos por unas Tecates, ¿no?

Las rolas

Cuando llegaron los instrumentos a la casa de Rolando (el único que vivía solo y no tenía vecinos neuróticos) faltaban cuatro días para el concierto. Por encima de las

opiniones de todos, Nico (ingeniero eléctrico titulado, aunque les ardiera) tomó el control y comenzó a conectar los amplificadores. Jimmy había hecho su tarea trayendo una lista de canciones entre las que escogerían dos. Rolando se quejó de que la batería era “una miniatura de juguete Fisher Price”, mientras que el bajo de Nico era “un animalón que este joto no puede ni cargar”. Los teclados —luego de una discusión no exenta de acidez— le tocaron a Alejandro porque demostró saberse un fragmento difuso de *Tarkus*, de Emerson, Lake and Palmer. Miguel Ángel no quedó contento y dijo que entonces él sería la segunda voz.

Listos para lo que seguía, revisaron la selección de canciones que Jimmy denominaba “pura cremita de primera”. *The gates of delirium; On the court of the Crimson King; Shine on your crazy diamond; Gimme shelter; Spoonful y Raiders on the Storm*. Excepto *Gimme shelter* que requería de una vocalista, el resto les pareció perfectamente ejecutable.

El ensayo

Prácticamente no hubo discusión en la primera rola, se decidieron por *The gates of delirium*, emblemática de la mejor época de Yes, cuando estaban en lo alto de la ola creativa. Preparados con una hielera llena de cervezas, oyeron la canción completa, los traspasaba una vez más la intensidad sagrada del rock progresivo, todos seguros de que iban a ser capaces de tocarla tal cual salía del

reproductor megapotente que Rolando tenía en su casa.

Pero no bien trataron de tocar el inicio, la costa se vio lejana. Cada quien por su lado, los sonidos se desacompañaban.

—¡Síganle, síganle! —les decía Nico para que no pararan—, ahorita agarramos el ritmo.

—Nombre —se quejó Jimmy—, este güey de Rolando toca como un Trucutrú pastoreando rinocerontes.

—Es que así no empieza, bola de sordos, ustedes se arrancan a lo puro pendejo mientras yo voy con el original.

—Vamos a hacer lo siguiente —dictó Nico con sobriedad pero firme para que nadie se soliviantara—, cada quien va a tocar el inicio con su instrumento para que los demás lo oigan y podamos acomodar el resultado final. ¿Va? Empezamos contigo, Alejandro, dale a los teclados.

Primero extrañamiento. Luego inquietud. Al cumplirse el primer minuto de disonancias:

—De plano estás despedido, cabrón —dijo Miguel Ángel a medias, vengándose por haber sido desplazado del puesto.

—Ay, sí, muy riata. A ver, hazle tú, güey.

Con todo y que el terreno se volvía movedizo, Nico no quería perder la fe.

—Jimmy, vamos a darles la entrada con la guitarra y el bajo para que nos sigan.

La respuesta del interpelado fue directa:

—Pues a mí me gustaría oír la rola de nuevo, tengo unas dudillas al principio.

Todos apoyaron lo dicho. Nico se resignó a posponer el ensayo los diecisiete minutos que duraba la canción, es decir, unas dos cervezas. Cuando terminó, lo que debió haber sido expresión de algarabía o envidia, fue un silencio bastante raro cercano a la introspección.

Jimmy quebró el cristal invisible en el que todos parecían reflejarse: —Chingones.

—¿Qué? ¿Le entramos? —dijo Nico.

—Ponla otra vez, güey.

—¿Cómo otra vez? Ya no tenemos tiempo, hay que ensayar.

—A mí también me late oír la otra vez —dijo Rolando metiendo la mano hasta el fondo de la hielera para hacerse de la cerveza más fría—, hay una parte en que la batería entra y sale medio raro.

Siguiendo la inercia, los demás terminaron sus cervezas y buscaron una nueva.

—Córrela otra vez y ya nos lanzamos a tocarla, neta —dijo Jimmy con ánimo de que permeara la armonía.

Nico aceptó la Tecate que le ofrecieron en señal de concordia y se dio a querer. Va de nuevo.

El contacto

Fue creciendo la semilla del rock, la sensibilidad abierta para que la música atravesara los cuerpos vuelta un

faro encendido en medio de la oscura mole del caos. En la cabeza y en los dedos de todos se instalaban las notas que hacía años habían dejado de ser notas para volverse memoria, los cuatro elementos del grupo Yes se correspondían con los elementos naturales que golpeaban con la intensa energía de los instrumentos y acariciaban con la voz. Como nunca antes, concentrado cada quien en su partitura, los amigos escuchaban *The gates of delirium* llenos de cerveza y de revelación, los minutos detenidos en el oído, la imaginación vuelta adentro mirando el paisaje de los océanos topográficos, pausa y continuidad sobrepuestas en el transcurrir que los llenaba de la emoción de los veinte años, cuando tenían a la mano todas las decisiones y la felicidad era reunirse para compartir ese universo que hoy surgía hecho ciudades milenarias, abismos cubiertos de nubes, largas caudas de aves suspendidas sobre la cima de una montaña cubierta de nieve. Música sintetizada y a la vez puramente natural, agudas agujas a las que seguía la honda tranquilidad de un valle punteado de luces al atardecer, luego pasajes en los que la música se densificaba y parecía oscurecer el horizonte donde el sol se había puesto ya y la noche tomaba posesión de su reino. En el instante previo al final, tal vez los asaltó la certeza de las diferencias, lo complejo y lo simple, la posibilidad y el hecho, los ejecutantes y los escuchas que han sido desde su lugar tras los aparatos de alta fidelidad construyendo una imagen imborrable.

La realidad

—¿Sabes qué, güey? —dijo Jimmy dirigiéndose a Nico—, se me hace que ya bailaron tus quinientos pesos.

Nico se quedó pensando. Rolando hizo a un lado la batería y se acercó a darle una palmada en el hombro: —Chingue a su madre el concierto arrabalero. La música de ahora no vale madre, éstas son obras maestras.

—¿Sí, verdad? —Nico todavía absorto.

—Ni siquiera Yes la podría tocar de nuevo.

Esta afirmación fue el golpe que por fin dejó que la canción y el sueño terminaran. Nico chasqueó la lengua, se quitó la banda del bajo y fue haciendo espacio para que los instrumentos de todos se ubicaran en los rincones del cuarto.

—Alejandro se tomó la última cerveza —rompió el momento Miguel Ángel.

—Pues que vaya por el próximo cartón —dijo Nico poniendo doscientos pesos sobre un amplificador—, ya me piqué, quiero oír *Closet to the edge*.

—Y te traes dos cajetillas de cigarros, pinche prángana, no te vayas a querer clavar el vuelto.

Buena vecindad

Ella debe tener sesenta años, se llama Aurora y somos vecinos. Una barda separa nuestras casas que, por lo demás, son gemelas en su construcción gracias a esos urbanistas que todo lo edifican a imagen y semejanza de sus tormentas cerebrales.

Entonces, Aurora y yo nos movemos por los mismos espacios; un recibidor, una cocina, la recámara y un cuarto de servicio alineados frente a un pasillo; cada quien de su lado del espejo que es una vieja barda de cemento. Cualquiera supone que la función de un muro consiste en aislar, pero en el caso de nosotros parece no existir barrera porque su voz, sus canturreos y sus gritos viajan diáfanos a través de él como si tuviera hoyos gigantescos.

No soy muy bueno para describir sentimientos, pero creo que Aurora es una gran mujer, a veces un tanto rara pero sobre todo hogareña y respetuosa de sus hábitos de vida.

De lunes a viernes, exactamente a las seis de la mañana, comienza nuestra jornada... *¡Rafael! Ya es hora... Te voy a poner a calentar el agua para el baño. Apúrate.* Entonces tengo que levantarme porque de otro modo los molestos ruidos de botes y cacharros, y los *Se te va hacer tarde, Rafael, ya está listo el baño,* me frustrarían los diez minutos

que siempre me doy para espabilarme y caminar a la regadera. Una vez bajo el chorro, su cantaleta termina porque de seguro, con coincidencia casi perfecta, Rafael chapotea en su tina emitiendo esos ladridos en falsete que entonan todos los perros falderos de todas las Auroras del mundo.

Desde hace tiempo me cosquillea una desagradable sensación de hermandad con Rafael: sus movimientos jabonosos cuando me tallo el dorso, sus patitas raspando el fondo metálico de la tina mientras me enjuago los pies, sus alegre sacudidas al tiempo que me seco el pelo. Pero lo peor es que no estoy muy seguro de si por las mañanas me levanto atendiendo al nombre de Rafael, y no al mío, Arturo, estudiante de ingeniería que no cree en las metafísicas medio egipcias de sentir bullendo por dentro la reencarnación de un perro.

Seis cuarenta mientras me miro en el espejo de cuerpo entero de la recámara y escucho la voz de Aurora, *Muy bien, Rafael, te queda perfecto, es el suéter más bonito que tienes.* Luego, con una cronometría perfecta, oigo caer las croquetas de Rafael en su plato de hule, en tanto que yo, en el mío, vierto la leche sobre el *Corn Flakes*.

Para romper el orden que parece unir el hocico de Rafael con mi masticación, dejo que él termine primero el desayuno —lo cual se anuncia con un gorgorito de satisfacción—, y cuando llega mi turno, el cereal no es más que un mazacote apenas digerible para un ser humano a punto de irse a la facultad.

Y así todos los días. De san lunes a san viernes, salvo catástrofes, entre las seis y las siete quince, nuestra vida se encierra en una burbuja dentro de la que todo se repite, un globo resbaloso que se desliza bajo nosotros y da vueltas dejándonos sobre el mismo punto a pesar de que ella saldrá a la calle con su Rafael recién lavado, y yo iré viendo por la ventanilla del colectivo los miles de detalles de la ruta hasta Ciudad Universitaria.

Alejado del mundo por tantas horas de clases y laboratorios, no es raro que algunas veces pierda la perspectiva y se me olvide un poco cómo se vive en nuestra casa con barda de por medio después de que salgo por la mañana. Pero llega el sábado, el domingo, para poner todo en su sitio.

Siendo fin de semana, Aurora parece más consciente y demora los baños del perro hasta que el sol entra a través de las cortinas de mi cuarto, y la rutina es en cierto modo más relajada y silenciosa. En mi despertar gozo la voz de Aurora, entonada y suave, cuando canta piezas que me suenan muy antiguas. A veces quisiera que al regar las plantas se demorara un poco más, que siguiera deleitándose con sus canciones; pero al rato entra a la casa y pierdo las letras y los giros de su interpretación.

Sin embargo ha habido épocas de mayor actividad, como aquella en que después del baño de Rafael, gritaba espantando a los periquitos australianos, pero esos algodones celeste y verde, blancos, amarillos de apariencia tan virginal y desvalida, se quedaban inmóviles mirando la jaula de Viki,

los ojos inyectados en la figura de la cotorrita propiedad de Aurora. *¡Cúchila, mugorosos..., sáquense de aquí!*, y entonces venía el tinazo de agua sobre los pájaros que dejaba mi lado del pasillo repleto de jabón con pelos de Rafael.

Una tarde en que amenazaba lluvia subí al techo para revisar los desagües, y ahí constaté que el tinazo no era el único recurso de Aurora para vengarse de los calenturientos pericos. Preparó una trampa poniendo tres o cuatro montones de alpiste en el suelo, debajo de una olla, que luego sostuvo con un palo amarrado a un hilo largo; después se alejó tendiendo el hilo hasta la cocina y la perdí de vista. Resultado: dos especímenes que lucharon con turbamulta de quejas y aleteos. No estoy seguro de su siguiente paso, pero supongo, por las dos jaulas que Aurora llevó a casa más tarde y por los chillidos que se oían tras el muro, que colgó a los prisioneros en sus celdas lo más cerca posible de la de Viki, para hacerlos sufrir.

A las nueve, Aurora cambiaba el periódico de la jaula de su consentida, y la instalaba con cama y comida hasta el día siguiente; pero los pretendientes eran afortunados si les tocaba régimen de pan y agua, y ni hablar de cambiarles la alfombra. Famélicos y todo, gritaron sus apremios de noche y de día, y cuanto más tiempo duró su cautiverio más lánguidas fueron sus tonadas de amor y libertad. *¿Qué les haces a estos pobres, Viki? Mira nada más: flacos como lombrices.*

Pero no se murieron. Llegó a salvarlos una visita de Manuel, hermano de mi vecina y al parecer su único

pariente. Lo había visto varias veces cuando llegaba medio borracho los domingos. A mí no me gusta levantar falsos, pero por cómo me miró, sospeché desde la primera vez que don Manuel era gay. Parecía mayor que Aurora, a kilómetros se le veía el pelo teñido de café, y tenía esos ojos tristes, melancólicos del que busca el cariño en todas las miradas. Los domingos Aurora tenía listo el chocolate con pan dulce; primero se les oía platicar en voz alta y hasta reír, pero luego de un rato terminaban quejándose de la soledad; algunas veces lloraban, bajito, nada más acompañándose. Ella trataba de no lastimarlo con regaños cuando su hermano se alteraba por el vino. En cambio, cuando Manuel traía buen trago los pasillos de la casa se llenaban de una felicidad que subvertía las rutinas de Aurora y la hacían olvidarse de Rafael y sus cuidados.

Manuel salvó a los pericos de la inanición, pues en una de esas jornadas de alegría en que Aurora salió al mercado por mandado, él agarró a los enjaulados y los introdujo, sin más, en el ansiado tálamo de Viki. Manuel describió las escenas con claridad, *Súbete por ahí, no la dejes que se vaya; y tú arrímate, eso: ah, ¿ya ves, verdad que sí querías, Viki? Aprovecha, aprovechen todos.*

Tal vez aquel espionaje auditivo fue inmoral de mi parte, pero no tuve otro remedio, ni siquiera podía estudiar mis apuntes de clase. ¿Cómo iba a concentrarme sobre las peludísimas Transformadas de Laplace, si al otro lado tenía las plumíferas Transtornadas de Manuel?

A resultas de lo anterior se vinieron días de sobresalto en la casa vecina. Hubo crisis de llanto y también un azotadero de jaulas contra la barda junto con las primeras maldiciones que había oído de labios de Aurora, *Hijos de la chingada, cabrones pájaros.....Fíjate nomás lo que te hicieron, Viki, ¡Cuánto has de haber sufrido para poner ese huevo!*

Estuvo tan abrupto el desplante de Aurora, que en menos de un parpadeo sacó a los cotorros de sus cárceles y colijo, por los evidentes chacualeos, que los hundió en la tina de su Rafael, *Muy machitos, ¿no?; ora verán, por cochinos, por méndigos...*

Ahí terminó la incursión de los dos lúbricos pericos —quienes de seguro durmieron su último sueño en el bote de la basura— y sus compañeros ya no frecuentaron la barda con tanta confianza. Ahí terminó el *menage a trois*, pero siguió una temporada de regaños para Viki y su polluelo que al cabo fue aceptado como uno más de los miembros de la casa, aunque el cariño de Aurora no fue el mismo.

Las meriendas dominicales estuvieron mustias y Manuel llegaba más borracho que de costumbre; levantaba la voz, insultaba a Aurora, luego le pedía perdón y respuesta a una pila de porqués de rupturas y abandonos que él no entendía; se le agolpaba el llanto mientras se oía cómo la hermana lo arrullaba dándole ánimos y poder de resignación.

Aurora lo hizo quedarse unos días y lo cuidó como una madre. Este lapso coincidió con el de mis exámenes finales, cuando yo invitaba a cuatro compañeros de salón. En tanto

le hacíamos al equilibrista para resolver esos supuestos matemáticos que jamás existirán en nuestro mundo profesional, Manuel se afanaba regando las matas de Aurora y cantaba con su voz de pana, *Si tuviera cuatro vidas, cuatro vidas serían para míi*. Y la repitió hasta que en nosotros creció la certidumbre de que el señor era un cantor medio putito tratando de hechizarnos con su tesitura de sirena. Al final, ni nos dejó estudiar, ni nos lanzó derechamente el llamado de su combustión.

Rafael, entretanto, desarrolló intensos ataques de celos por el periquito de Viki, traducidos en antojos que a toda hora reclamaban la atención de su dueña: baños en la mañana, baños en la tarde, cocido de res para el almuerzo, patas de pollo al mediodía y paseos a toda hora. Llegado el tiempo del sueño, Rafael cerraba su ojitos con canciones de cuna.

Pero este romance de película entre ambos terminó de improviso. Manuel se suicidó una noche de viernes. El periódico no ahorró detalles: discusión con el amante en plena Alameda; borrachera solitaria en el bar de Wili; accidentado regreso a su casa de Fomerrey San Bernabé; resistencia del cuello; foto grotesca de Manuel todavía colgado, otra en el suelo, con la distintiva sábana blanca.

El teléfono de Aurora sonó con frecuencia desde temprano, y por toda respuesta tuvo los aullidos de Rafael que se prodigó en ellos toda la mañana. En busca de callarlo, le aventé sobre el muro un cuarto de carne molida, pero supongo que entre sus reglas no cabía la de comer-

sela cruda, así que no sólo me quedé sin dos potenciales hamburguesas, sino que los aullidos de Rafael crecieron al saber que su vecino le prestaba atención. Cuando leí la noticia supe que Aurora no regresaría por un rato, de modo que decidí brincar la barda en busca de silenciar el insufrible alboroto.

Al verme, Rafael casi se colapsa. Me descolgué. Una vez abajo le hablé pero me respondió con ojillos desconfiados sin moverse de su rincón en el patio; sus orines y excrementos poblaban el suelo tal vez como protesta por la ausencia de su dueña. Por primera vez vi de cerca las jaulas, el expósito de Viki, las patitas zambas de Rafael, el pasillo que era el reverso del mío. Me sorprendí de no hubiera más que dos azaleas en una sola maceta, y un geranio indeciso entre secarse y florecer; del jardín botánico que siempre soñé, solo eso.

Entré a la cocina que, como yo bien sabía, comunicaba con los demás cuartos. A diferencia del patio, adentro todo estaba muy limpio. La recámara, de por sí estrecha, se empequeñecía aún más porque aparte de la cama había dos roperos toscos y un catre en el que de seguro dormía el perro. Las paredes eran de un color azul oscuro que invitaba a la tristeza; por todo adorno tenían un Sagrado Corazón desteñido y un almanaque de HEMSA, *La mejor Fábrica de Hilazas*.

Siempre pensé que la casa de mi vecina estaría llena de baúles, relicarios, poltronas, olores a cedro y naftalina e

imágenes de santos angustiados en cada recoveco; pero nada, sólo tres o cuatro muebles de lo más común, brillantes, sin una brizna de polvo. Lo más raro era que nada estaba fuera de su lugar; al parecer no hubo prisas ni atropellos en la salida de Aurora; era como si hubiera estado preparada para el luto.

El ropero tenía puesta la llave. Por un impulso abrí la puerta de nogal. Había cuatro entrepaños, tres llenos de ropa diversa, afeites, chucherías viejas tales como prendedores, fistles de latón y broches. El cuarto guardaba únicamente un cofre de madera laqueada. Era negro y de tamaño mediano. Brillaba. Casi no lo pensé, con una mezcla de culpa y placer levanté la tapa.

Rígido, tal vez embalsamado con todas las de la ley, estaba el cuerpo de un periquito australiano. Yacía patas arriba. El color celeste vivo del original devino gris. Tenía clavados alfileres en los huecos de los ojos. A la altura del pecho, con un alfiler más grande, tenía prendida una fotografía tamaño credencial de Manuel. Sentí un moderado estremecimiento que se convirtió en sobrecogedor porque Rafael pasó corriendo a refugiarse bajo la cama y comenzó a ladrar como si fuera el cancerbero del Infierno.

Cerré el cofre y dejé aquel símbolo siniestro en su lugar. Rafael me atacó con una metralla inmisericorde, ni siquiera necesitaba respirar; era un largo ladrido sin interrupción. Hasta entonces me sentí verdaderamente un extraño, un transgresor, ajeno al mundo penumbroso y limpísimo de Aurora.

Sonó el teléfono.

Rafael se detuvo un microsegundo y continuó.

No recuerdo si puse llave al ropero. Salí casi corriendo al patio. Rafael me mordía los talones mientras el teléfono repetía su clamor incesante. Al trepar el muro, desgarré uno de mis más queridos pantalones de mezclilla.

Monterrey News

Eran las cuatro diecisiete cuando recibí la llamada de Laura para avisar que la tía Diana tenía secuestrados a sus ochos sobrinos.

Inmediatamente advertí que:

1) No podría beber el café de la tarde sin cierto remordimiento;

2) la parte romántica de mi recién contraído matrimonio había terminado;

3) ese rumor entre los parientes políticos de que en la familia había una componente de locura era verdad;

4) por mi profesión y reciente ingreso al clan, la abuela iba a delegar en mí la delicada resolución del caso.

Sólo me falta decir que hasta entonces yo era lo que podría llamarse un abogado laboral con fama de sensato. Al colgar la bocina un temblor en los dedos quedó como resabio de las pocas palabras, frías y resignadas, que Laura me dijo.

Aquella mañana la tía Diana se había ofrecido a recoger a todos sus sobrinos a la hora que salieran de guarderías, kínders o escuelas primarias, según el caso. Planeaba —o así lo dijo a las madres— llevarlos al circo. Armada con una hoja de horarios y ubicaciones, diligentemente fue llenando de niños su Jetta.

Nadie en la familia sabía si aquel 23 de septiembre la tía Diana tuvo un motivo para haber enloquecido. Comencé por averiguar sus actividades, problemas y posibles detonantes de los días anteriores.

Mi celo como investigador amateur fue acaso un poco exagerado, pero pensé que a más detalles mayores posibilidades de resolver la crisis.

Hice un expediente.

La tía Diana nació en Monterrey el 12 de febrero de un año que nunca quiso revelar. Estudió Enfermería en la Universidad Autónoma de Nuevo León. Casó en primeras nupcias con Federico Lozano Puentes, Ingeniero Industrial. Federico no tuvo vicios, era cumplido y obligado, mantenía la casa y asistía con regularidad a las reuniones familiares. La abuela lo adoraba y ese solo detalle era suficiente para que el resto pasara por alto lo que podría llamarse su carácter débil. A la vuelta de una década no habían tenido hijos.

Cierta ocasión Federico desapareció por tres días con sus noches. Dado su sentido de responsabilidad —que lo hubiera hecho avisar a la familia no importa dónde se encontrara— y su escasa experiencia en lo que la tía Diana llamaba en su diario *Las horrendas y viciosas calles de la ciudad*, se le dio por secuestrado o muerto.

Al rayar la madrugada del cuarto día, Federico volvió por sus cosas personales y para confesarle a la esposa su amor por César Rivera, compañero de trabajo ("Y de cama",

decía la tía Beba, la que mejor tomó la noticia) con quien había encontrado una senda que estaban dispuestos a seguir contra toda adversidad.

(Sin que medie ley u obligación, Federico nunca ha dejado de dar su pensión a la tía Diana, y para ser justos, es la persona que más fidelidad le ha demostrado en el mundo.)

La tía soportó treinta días con estoicismo, y luego se abrió la muñeca derecha con una hoja de segueta. La rescató de desangrarse una sobrina que le iba a pedir dinero para cortarse el pelo, cuya narración de la tía a punto de coagularse en medio de un charco fue tan detallada que no dejó dormir a muchos primos.

Un poco orillada por la depresión, otro poco por el amor propio y un mucho por las diatribas familiares contra Federico y a favor de su inteligencia, juventud y honestidad, la tía Diana se "casó" por segunda vez.

Ahora escogió al hombre más macho que pudo encontrar, un tipo bruto e impulsivo, y se amancebó con él: Adalberto Carrizales Villarreal, 39 años, Cabo Primero de la Policía de Seguridad Pública del Estado de Nuevo León, complexión, estatura y peso regulares, moreno oscuro ("Azulea el peláo", acotó la prima Karina al conocerlo), señas particulares: cicatriz de arma blanca con forma de crucifijo en el pómulo derecho; calvicie prematura; pie plano; acné recurrente ("El hombre como el oso —decía la abuela dando su visto bueno para Adalberto, porque le recordaba al abuelo ya adelantado en el más allá— debe ser feo, fuerte y formal").

Diana había conocido a su nuevo amor en el Palenque de San Pedro. Cuando tocaba temporada de feria, ella, la abuela, el tío Ramiro y la tía Beba iban una vez cada mes. Tras una pelea de gallos ("Estaba bien arreglada de a madre", declaró la abuela al liquidar la apuesta) los jueces dieron como vencedor al verde que a todas luces tenía más de un minuto exánime. Se armó la gresca. Volaron botes y botellas de cerveza, hielos, destapadores, charolas. Por último hubo algunos disparos. Salido de la multitud, Adalberto bajó al ruedo. Llevaba puesto su uniforme azul, botas lustrosas, macana negra y maciza. A base de reconvenciones, concertación y una que otra mentada de madre adjudicable a su borrachera, hizo retornar el orden (y de paso salvó los dos mil pesos que había apostado a favor del verde).

La tía Diana quedó fascinada desde el primer momento. Siguió con la mirada los hechos de aquel hombre, y no bien volvió éste a su lugar en las gradas, fue a felicitarlo sin ocultar su admiración. El tipo se la sentó en las piernas y no la dejó pararse sino hasta las tres y media de la mañana, cuando el tío Ramiro —a su vez alcoholizado y juguetón— se la ganó en un último volado.

Pero ya la tía Diana había probado (y así lo asentó diligentemente en su diario íntimo) *Las mieles del deseo*.

Parece que fue cazando a Adalberto hasta que logró arrinconarlo; tres veces al día le telefoneaba por cuestiones sin importancia, y otras tantas para pedirle ayuda porque los muchachos del barrio escandalizaban jugando

fútbol en la calle, los vecinos del 1645 se peleaban a golpes, o se oían pasos de rateros en el techo a mediodía o medianoche, precisamente cuando Adalberto terminaba sus turnos y quedaba libre para investigar las cuitas de la tía Diana. Su indefinida posición como soltera casada, viuda divorciada o soltera divorciada le prestaba a Adalberto una suerte de prestigio entre sus amigos granaderos, que lo admiraban por tener el arrojo de cortejarla, y él aprovechaba esta súbita celebridad pidiéndoles que le cubrieran el turno para visitarla algunas noches.

Mientras la relación no pasó más allá de lo sexual, Adalberto la sobrellevó. Pero cuando la tía Diana hizo un comentario dirigido veladamente a comprometerlos como pareja, las cosas sufrieron una modificación completa.

Al margen de su fisonomía —aunque no podría descartarse como agravante— Adalberto era uno de esos hombres que se conocen como de mala entraña: una mañana, la tía Diana llegó a casa de la abuela; traía el cabello revuelto, moretones en ojo y pómulo derecho, el vestido roto y su cartera saqueada de efectivo y tarjetas de crédito. Trató de argüir que la habían asaltado en el mercado hacía un rato, pero al final confesó que Adalberto no sólo era responsable de la violencia física que presentaba, sino que además la había corrido de su propia casa ("Igualito que su abuelo", dicen las nietas que creyeron haber oído que dijo la abuela antes de suspirar esgriñiendo una sonrisa rememorante de otros tiempos).

La indignación familiar fue tremenda. Cada quien tenía su idea acerca de lo que debía hacerse. Los cuatro hermanos, por ejemplo, conformaban un partido unánime ("Vamos a partirle la madre a chingazos"); las hermanas se dividían: Beba y Martha se inclinaban por el diálogo, la concordia, el avenimiento que al final de los finales era la única actitud cristiana ("Por lo menos no te salió puto, hermanita"), en cambio Alejandra, Georgina y Lourdes, presas de rabia, azuzaban la ferocidad de sus hermanos y de alguna forma la agravaban ("Además de golpearlo deberían cortarle los huevos").

Sin embargo, todos tuvieron que esperar la estimación de la abuela; su análisis era el único válido no sólo por la edad y la experiencia sino porque, dado su carácter explosivo, si alguien la contradecía era capaz de armar una escaramuza peor que la del mismo Adalberto; la abuela, pues, dio su fallo ("Quién sabe qué le harías, si te zarandé fue por algo, los hombres no hacen nada gratis. Por otro lado, a mis hijas no las toca ningún desgraciado: yo digo que hay que ponerle una chinga y luego perdonarlo").

Los muchachos —así les dicen de cariño debido a su soltería, aunque el más joven sobrevuela los treinta y cinco— investigaron la dirección del abusivo y fueron a buscarlo llevando como justificación el agravio de los blasones familiares.

Resultó que Adalberto era casado, padre de tres criaturas, con suerte visitaba la casa una vez a la semana, y eso

para llevar no despensa ni dinero a su gente, sino pendencia y reclamos dictados por el alcohol. El asunto se complicaba aún más para los hermanos puesto que Adalberto estaba siempre rodeado de compañeros policíasy sorprenderlo solo era casi imposible.

La tía Diana no lo dijo sino hasta dos o tres semanas después del problema, pero todas las noches Adalberto pasaba frente a su casa en una granadera con la torreta rojiazul iluminando la oscuridad. Por fin, a través de una carta, tomó contacto. De acuerdo a la versión que la tía Diana manejó con la familia, Adalberto daba signos claros de arrepentimiento, prometía portarse bien y aseguraba a todos que no se repetiría la agresión. Sin embargo encontré la carta manuscrita dentro del diario de la tía Diana. Adalberto nunca pidió perdón.

He aquí el texto íntegro:

No se porque chingaos pasó que te vuelbes loca de repente

No quiero ni oír que tu y yo andamos ni nada

Adalberto es de muchas y nunca ni nadie va a cambiarme

Me gusta tomar salir y todo y qué

Yo no cambio nomas por una mujer porque hay muchas

*Si quieres verme otra vez ni pienses en ablarame ni reclamarme
y recuerda las noches de amor a mi lado que quien te las da*

La familia, pues, los perdonó a los dos —aunque los muchachos se quedaron con ganas de golpearlos a ambos—, y hubo lo que la tía Diana denominó *Un remanso de paz propio para el reencuentro de los amantes* que duró exactamente noventa y seis horas: Adalberto celebró la reconciliación con una fiesta en la casa de su novia. Los convidados fueron creciendo en proporción directa a la ingestión de cerveza al punto de que, lo que había comenzado como una cena íntima, vino terminando en *Una horrosa bacanal con la presencia de granaderos, vagabundos y golfas en el peor estado de intoxicación*.

Y fue en esa fiesta donde la tía Diana conoció al otro Adalberto, al rijoso, babeante, enloquecido e infiel Adalberto, que no sólo se acostó con dos compañeras de la corporación, sino además quiso obligar a la tía a compartir la cama. Ebrio, desnudo, presa del descontrol y el exceso, Adalberto arrastró a la tía Diana por una noche llena de *Vicios nefandos y oscura pasión insaciable*, en la que hubo disparos, peleas, llamadas de larga distancia a antiguas mujeres.

Lo anterior sucedió el lunes 12 de julio; desde entonces el diario se vuelve un galimatías que va de la novela rosa a la pornografía y cuyos únicos elementos claro son, por un lado, la evolución de una conducta sexual cada día más recalcitrante —tanto en soledad como al lado de Adalberto y una serie de amantes indefinidos— y por otro una especie de adoración que la tía comenzó a profesarle a la macana de su novio.

(En este punto sería correcto acotar que el diario llegó a mis manos a través de la tía Beba: al ir a buscar algún mensaje o carta que explicara la conducta de su hermana, lo encontró debajo del colchón. Leyó las primeras quince páginas y advirtió que era un conjunto perfectamente homogéneo de cursilería y mal gusto. Cuando supo que yo investigaba las posibles causas del "accidente" —como la abuela comenzó a llamar al secuestro— me dio el diario encogiendo los hombros, como quien se desentiende de un asunto enojoso).

Sobrenombres como *La salamandra*, *El tronco*, *El macizo* o *El estropajo* —algunos provenientes, con toda seguridad, del lenguaje de Adalberto— comenzaron a aparecer cada vez con más frecuencia, aplicados a la macana, dentro de narraciones breves y delirantes en las que el objeto cobraba vida, ya para amenazar a la autora y someterla a esclavitud sexual, ya para confortarla con caricias casi maternas.

Busqué un juicio profesional y resultó que el perfil de la tía era el de una persona agudamente inestable, maniaco depresiva, autodevaluativa, con crisis psicóticas y quiebres violentos que manifestaban una tendencia a la agresión y el daño físico. La tía Diana, a quien toda la familia creía una mujer con problemas como cualquier otra, media rara, sí, pero tranquila, en verdad estaba muy enferma y tenía a sus ocho sobrinos encerrados en algún lugar desconocido de Monterrey...

Recabar esta información me llevó desde la tarde del 23 hasta la tarde del 24 de septiembre, aunque para ser francos no aportaba gran cosa para localizar el paradero de la tía y los niños. Los muchachos habían salido en busca de Adalberto para interrogarlo, pero al parecer nada habían logrado, de manera que no podríamos hablar de grandes avances hasta ese momento.

Fue la abuela quien aportó la primera pista consistente. Había recibido la llamada anónima de una mujer ("Se oía que era más bien un maricón de esos amigos de Adalberto") que dijo ser la verdadera dueña del granadero. Estaba borracha y le daba por gritar "Yo tengo su macana: nadie me la va a quitar, y menos esa zorra que ya se volvió loca agarrando a los chiquillos".

Apersonados en ese lugar, los muchachos encontraron a Adalberto sumido en una borrachera. No sabía nada del paradero de la tía fuera del "irigote que me hizo porque se me perdió la puta macana". Los muchachos sacaron en claro que Adalberto utilizó la macana por última vez para golpear a unos borrachos en la Macroplaza. Terminado su turno, a medianoche, se dirigió al bar conocido como "Los Magueyes", donde suelen agruparse vagabundos, drogadictos, prostitutas y homosexuales. Ahí bebió unas diez cervezas Indio, y estuvo más o menos hasta las tres de la mañana, cuando llegó "Chayito" en estado de ebriedad, del brazo de un mariachi y buscando que el granadero tuviera una reacción violenta dictada por los celos. Adalberto le reclamó su actitud y "Chayito" se le rio en la cara. Adalberto la calló con una

bofetada. El mariachi respondió con un puñetazo en el estómago. Adalberto, doblado por el dolor, tomó su macana y a ciegas buscó golpearlos, pero sólo acertó en el cráneo de un parroquiano que se derrumbó entre las mesas. Para cuando acordó, Adalberto ya tenía encima media docena de mariachis, compañeros del primero, que se llevaron no sólo su cachiporra sino también su placa y su unidad de gas lacrimógeno de bolsillo. Lo golpearon hasta dejarlo casi inconsciente —con lo cual los muchachos quedaron secretamente pagados de su deuda— y un taxi lo llevó al único lugar en donde lo acogerían cariñosa y tiernamente: la casa de la tía. Sin embargo, cuando ella vio que Adalberto había perdido su macana, sin importar le el estado lamentable en que venía, lo echó a la calle a gritos, ("nombre, la hubieran visto, enloqueció la cabrona, me cae").

Resentida, la tía Diana siguió gritando la noche entera junto a la ventana que daba a la calle. Fue del lenguaje soez hasta el lamento y la autocompasión. Tomaba el teléfono, marcaba un número al azar y se ponía a platicar con quien contestara, ora sobre complots contra ella, ora de la situación política, ora de la falta que le hacía la macana en su lecho. Vigilaba la calle y al pasar un automóvil le arrojaba toda clase de objetos, tales como cidís, encendedores, revistas de modas, ceniceros o adornos de cerámica, lo que desde luego puso en guardia a los vecinos y dio como resultado la protesta de una comisión de señoras del barrio. Ella corrió las cortinas, se fue a la cama y no supo de llamadas a la puerta, el teléfono o la conciencia hasta las

siete en punto del 23 de septiembre. Salió de su casa recién bañada y con la aparente intención de llevar a sus ocho sobrinos al circo por la tarde...

Llegamos, pues, al punto cero. Lo primero que hice fue tratar de entrevistarme con Adalberto, pero su síndrome postalcohólico lo inhabilitaba temporalmente para darme mayores detalles. Entonces busqué la dirección de "Chayito". Al llegar me recibió un hombre que aun frisando los cincuenta años, habitando un arrabal y teniendo los rasgos de la raza de bronce, vestía un kimono blanco.

Primero tuvo reservas para aceptar ser el que era ("Aquí no vive ninguna Chayito"), luego quiso tantearme o medirme ("Pues sí conozco a una Rosario, a veces se da la vuelta por aquí en las tardes, si quieres pásale a mi tejaván y la esperamos juntos; ¿te sirvo un tequilita?"), y al final aceptó su identidad ("Mira, yo contra Adalberto no tengo nada, lo que quiero es vengarme de esa perra güera que me le tiene sorbido el seso y el alma"). Aceptó haberse quedado con la macana de Adalberto el día de la gresca en "Los Magueyes", y se alegró profundamente (Grito de júbilo, "Para eso me gustaba la cabrona", largo trago de tequila) de ser responsable indirecto del desquiciamiento de la tía Diana. En resumen, nada que me ayudara a encontrarla a ella ni a los sobrinos.

La mañana del 25 de septiembre Adalberto dio señales de vida. Me telefoneó al despacho para pedir una cita. Cuando lo vi de cerca, bañado, sí, pero crudo y con el

uniforme sin planchar, no logré imaginarme cómo ese granadero irrisorio y tan feo podía traer de un ala a su legítima esposa, a la tía, a "Chayito" y sabría Dios cuántos individuos más de ambos sexos. El asunto es que Adalberto creía tener un norte de dónde podía hallarse su novia. Como peleaban todo el tiempo, la pareja a veces necesitaba separarse para pensar ("Para que cierren las heridas", dijo él no sin cierta involuntaria objetividad).

En dos o tres ocasiones, una enfermera del Seguro Social, de apellido Torres Gómez, oriunda de Tlalchapa, Guerrero, le había pedido a Diana quedarse en su departamento cuando ella iba a visitar a su familia, y ahí se refugiaba la tía para huir.

No fue difícil rastrear a la enfermera; trabajaba en la Clínica 25. La tía había hecho contacto con ella pidiéndole, más que albergue, ayuda medicamentosa ("Me habló desde El Vips Tecnológico y ahí le mandé con el mensajero Lexotán, Rohipnol, Morfital, Ranitidina y Graneodín, para Jorgito que traía medio mala la garganta"). El mensajero la conocía de algún tiempo, así que no batalló para dar con ella en el café atestado de gente; vestía de mezclilla, estaba sola, sonriente ("Muy muy sonriente, como que andaba tomadilla"), y no hizo preguntas porque le dio buena propina por su labor ("Lo que sí es que en la bolsa del pantalón traía una llave del hotel de la Cola de Caballo, de esas con un pedazo grande de tronco").

Mientras yo llamaba a la Beba y a los muchachos para comunicarles el posible paradero de la tía Diana, Adalberto hacía lo propio con ciertos amigos desde una unidad de Tránsito, de modo que para cuando llegamos —la abuela a la cabeza del contingente familiar— patrullas de policía ordinaria de Monterrey, Villa de Santiago y El Cercado, judiciales y un par de ambulancias rodeaban la habitación 143. El Jetta de la tía se hallaba estacionado afuera. A pesar de tanta autoridad y tanta jerarquía policiaca, la abuela salió adelante logrando apagar los ánimos de quienes querían entrar a saco, disparos por delante, y convenciendo al líder —un subcomandante de la Judicial del Estado— de que ella podía dialogar con la secuestradora que no era tal, sino “una muchacha desorientada como hay muchas en este tiempo que es el del miedo y el crujiir de dientes”.

La puerta del cuarto no tenía llave. Luego de cinco expectantes minutos, la abuela salió con el gesto de quien no encontró la harina o la manteca para las tortillas: “Ya están todos dormidos plácidamente”.

Ante esa especie de metáfora tanática, la tía Beba gritó, Martha se desmayó, Alejandra y Georgina se abrazaron, Lourdes tomó a la abuela de la mano, los policías corrieron adentro, los muchachos comenzaron a buscar por todas partes a Adalberto para golpearlo, y yo di por finiquitada mi labor como Procurador de Justicia de la Familia.

Epílogo prescindible aunque informativo

El saldo final:

La tía Diana y su sobrino Eduardo (hijo menor de Martha) muertos por intoxicación con barbitúricos.

Hortensia (hija mayor de Martha), Magali y Alejandro (hijos de Georgina) estuvieron graves por 36 horas pero salvaron la crisis.

Juan José y Amalia (hijos de la Beba) requirieron sólo un lavado estomacal.

Y Jorge (hijo de Alejandra) que no ingirió ningún medicamento y estaba dormido porque se le pegó el sueño de los demás.

En el funeral, la tensión fue evidente. Todos se veían entre sí como culpándose o tratando de aligerar su culpa.

Únicamente la abuela se mostró aplomada y digna. Durante las palabras finales, al pie de la cripta familiar, calificó a la tía Diana como una santa incomprendida y rogó porque sus otras hijas, nietas y bisnietas recordaran su sacrificio para toda la vida.

Durante el trayecto a la casa, Laura estuvo callada y vi en sus ojos esa vehemencia, ese fuego impredecible que caracteriza a la abuela y sus palabras.

Historia de amor

Maruata es un pueblo de la costa de Michoacán. Posee unos doce kilómetros de franja costera y la selva baja está separada del pueblo tan sólo por la carretera.

Viven ahí unas doscientas almas, la mayoría pescadores, herederos de la más ortodoxa sangre náhuatl. El centro político de la comunidad se halla en Pómaro, a hora y media selva adentro. Allá viven los integrantes del Consejo de Ancianos. Cuando es necesario, una camioneta va por ellos y los trae a Maruata con el fin de resolver problemas de mayor importancia: dictaminan sobre límites comunales, repartición de cosechas o permisos de explotación forestal.

Los ancianos, con sus ojos graves, se consultan, meditan y emiten fallos inapelables antes de abordar otra vez el vehículo que los transportará hacia Pómaro; van silenciosos, sabios de alta ciencia encarnada en sus años, y tal vez por ello la civilización no ha logrado entrar en Maruata; en cuanto una oferta del gobierno o la iniciativa privada llega a la comunidad, se consulta al Consejo de Ancianos, y ellos se rigen por la tradición para decir no a hoteles, desarrollos turísticos o infraestructura para la pesca a mediana escala.

El pueblo vive al día, los pescadores, con sus lanchas añosas y pequeñas, si acaso obtienen la captura equivalente a una rondas de cerveza *Victoria* para matar el calor de las cuatro de la tarde.

El jefe de la comunidad se llama Constancio Tolentino Nieves, un hombre de baja estatura, cara ancha, un tanto obeso, piernas muy cortas, dentadura pletórica de oros y tres peculiaridades: un gesto eterno, como esculpido, de Mefistófeles indígena; una ambición desmedida, y la prole más numerosa de los alrededores.

Constancio —Tancho, de cariño— ha procreado once hijos con su mujer Bethania; de ellos, sólo tres son varones, el resto ocho mujeres, ocho doncellas nahuas hijas del influyente jefe comunitario.

Dado a la bebida como casi todos, Tancho se embriaga con menos frecuencia debido a que tiene más dinero, no puede evitar el despilfarrarlo en cuanto se emborracha y teme que su fortuna despierte suspicacias entre los demás.

¿Por qué tiene más dinero que el resto?, porque Tancho hace malabares con las finanzas de Maruata. Si una cosecha de mango se vende, él hace el trato y sustrae su comisión; si los marranos ya están gordos para el mercado de Tecomán, el Jefe los transporta y sustrae su comisión; si hay buena temporada de tortuga, Tancho hace lo imposible por no respetar la veda y captura ilegalmente unas decenas de quelonios para cobrar su comisión.

Xóchitl Bethania de Nieves, la primera dama de Maruata, se dedica al hogar y a tener hijos desde hace veinticinco años, cuando Tancho se la robó a su familia del municipio de Aguililla. Y la cadena no para ahí, la madre, la abuela y la bisabuela de Bethania y de Tancho fueron asimismo secuestradas del hogar paterno, pues esta costumbre, lejos de resultar una afrenta, es la única forma decente de planear un futuro matrimonial.

Como todo en la vida, conforme el tiempo transcurre las cosas tienden a ser más sencillas. Antes, el robo se hacía a caballo, pistola al cinto, aguardiente en la mirada y una temeridad inenarrable a la hora en que el suegro salía con la 30-30.

Para Tancho la cuestión fue más o menos fácil. Bethania paseaba por la plaza de Aguililla con su madre; él les cedió el lugar en una banca sobre cuyo respaldo había escrito “boy por ti oy, Esperame en el patio”. Pidió a un amigo que los llevara a Maruata en su coche, vivió dos meses en amasiato, se apersonó con el padre de Bethania para convocarlo a la boda religiosa, y luego se olvidó del asunto para dedicarse a su futuro político dentro de la comunidad.

Pero como Bethania paría puras niñas, Constancio Tolentino Nieves se ponía cada vez más iracundo y le daba por propinarle unas golphizas descomunales. Cuando por fin llegó el varoncito, fue recibido con una fiesta a cuenta del orgulloso padre en la cual éste reivindicó su hombría y de paso enderezó camino hacia la política.

La primera oportunidad que Tancho encontró para meterse a las estructuras de poder del pueblo, se la dio un primo suyo, Regidor del municipio de Coalcomán, al nombrarlo Inspector de Semovientes.

Nunca supo en realidad de qué se trataba el trabajo, pero se las ingenió para inspeccionar, además del ganado de cada pueblo vecino, a muchas esposas que hallaba solas al cumplir su labor. Luego fue electo comisariado comunal con el objeto de guardar el orden y proteger los bienes, escasos más bien, del pueblo. Fue en ese lapso cuando aprendió a disparar armas de fuego, porque su encomienda requería de traer a toda hora un rifle 270. Las escaramuzas nunca faltaron, de modo que Constancio se apuntó trece muertos en su haber, a más de once mal heridos e incontables alborotadores en arresto domiciliario.

Los niños que crecieron junto a sus hijas no lo inquietaron sino hasta que la mayorcita, Guadalupe, cumplió quince años. Ahí estaban en la fiesta, morenos, macizos, con el bigote asomándoles ya, y en la mirada las púas del deseo. A mitad del convivio ordenó a su mujer que se llevara a Guadalupe para la casa y anduvo cuidando que nadie se fuera sospechosamente. Desde entonces, siempre salía por las noches, carabina al hombro, para revisar que en la huerta de mango, en las poquerizas, en el corral de las cabras o tras la cerca de espinas no anduviera algún joven con intenciones malsanas de ver a Lupe, y el asunto se convirtió en obsesión porque entre más celaba los atri-

butos de su hija, le nacía otra mujercita, y otra más, como si fuera un castigo, pero como Tancho se reeligió tres veces para el Comisariado, pudo tener en jaque a los galanes maruatecos por seis sobresaltados años.

Guadalupe, pues, cumplió sus veintiún años todavía soltera por culpa de su requisitoso padre; “No te vas a casar con cualquier echarredes; yo quiero para ti un hombre de dinero, algún comerciante de La Placita, El Ranchito o Tecmán, así que ni te hagas ilusiones”.

Y a un lugar común se le responde con otro lugar común: Guadalupe se las arregló para que un muchacho de la vecina región de Cachán se aventara el paquete de robársela. Por desgracia, Tancho descubrió el complot y el joven terminó en una cárcel de Lázaro Cárdenas acusado de traficar mariguana.

Después el del riesgo fue un pescador de Maruata, y Tancho, con tanta experiencia en cuestión de dar en el blanco con su 270, le pegó un tiro en el corazón que lo dejó sin vida al pie de la ventana de Guadalupe.

Más adelante se envalentonó el padrino de la muchacha quien, gracias a la cercanía de su parentesco y la confianza que Tancho le depositaba, pudo hacerse de intimidad a fin de secuestrar en un buen momento a su ahijada. Se la llevó de paseo una tarde pero, como debido al nerviosismo del trance el padrino dejara en la casa su sombrero, Tancho desconfió; los fue siguiendo, hasta que los vio arrimarse a un cueramo y sacar de entre sus

ramos una maleta; ahí mismo sacrificó al abusivo a punta de machetazos.

La situación para los jóvenes interesados tomaba giros de desgracia, porque mientras andaban poniendo la mira en Guadalupe, otros más aguzados se robaron a la mayoría de la féminas de buen ver en la comunidad; y el círculo se apretó aún más cuando Constancio Tolentino Nieves, con ayuda de cierto amigo influyente en la Sagarpa, se estrenó como Subdelegado Regional de Ganadería, pues junto con el nombramiento le regalaron tres plazas federales.

Ahora contaba con tres hombres asalariados a su completa disposición, ya no requería desvelarse para cuidar el patrimonio familiar; los tres tenían instrucciones de disparar a cualquier alma que se acercara sin razón a sus heredades.

Ante la escasez de partidos convenientes, muchos galanes prefirieron buscar novia en otros pueblos, pero uno de ellos, Juan Xólotl Guerrero, se empeñó en robarse a la hija del renuente Tancho. Ideó un plan. Primero hizo que un amigo suyo que estudiaba medicina en Colima se hiciera pasar como doctor y ofreciera consultas gratuitas, le improvisó un consultorio elemental en una palapa cerca de la playa, e inventó una epidemia de salmonela que hizo que la gente se volcara en el consultorio donde se regalaban pomos con suero oral en vez medicina para matar los bichos.

Tancho estaba en ese momento en el estira y afloja de las próximas elecciones de Jefe Comunitario, de modo que

mandó a la familia completa a revisarse bajo la estricta fiscalización de su mujer.

Como el astuto joven Juan Xólotl Guerrero esperaba, los primeros en la fila fueron los hijos de Constancio Tolentino Nieves; entraron uno por uno bajo el cuidado de doña Bethania, pero cuando la auscultación le tocó a ella, olvidó a los retoños y Guadalupe pudo ser abordada por su nuevo pretense. Éste le confesó su intención de robársela; ella se negó; Juan Xólotl insistía, Guadalupe, nada; él, explicación tras explicación, ella, oídos de piedra; hasta que el aguerrido muchacho la tomó en sus brazos y la besó con pasión y ella midió el tamaño de su futuro al lado de aquel Adonis costeño, y él se quedó embrujado por el ubérrimo seno de su futura mujer.

Juan Xólotl Guerrero esperó, para mejor escarnecer el orgullo de su suegro, a qué éste fuera elegido Jefe Comunitario; dio a Guadalupe unos purgantes que le regalara su amigo doctor; ella los puso en el agua de los tres cerberos de la casa, y bastó un momento para que la pareja se viera en la camioneta de Juan rumbo a Playa Azul, donde planeaban vivir hasta casarse.

Constancio Tolentino Nieves, poderoso, soberbio, férreo hombre cuya sola mirada hacía callar a los puercos, sujeto de poco fiar en los negocios, célebre por su resistencia a cumplir con la tradición de los raptos de amor, se resignó, desde aquella noche, a ser parte de la Historia General del Universo.

Fin de temporada

Les dije que no me llevaran, que les iba a salir caro, pero me subieron al carro casi a fuerza y allá vamos.

Si ya me conocen, hombre, no me voy a aguantar, les repetía, y ellos más bien optimistas porque, aunque pocas, nos habíamos tomado unas chelitas.

Tú no hables, deja que nosotros negociemos el precio.

El camino fue una variedad:

Ferdinando al volante haciendo esos pues: o se le caía la brasa del cigarro entre las piernas o le llovían zapes porque se le pasó dar vuelta en la avenida correcta.

Mario pedía que le dejaran más espacio en el asiento de atrás porque necesitaba revisar los papeles.

Omar, para hacer rabiar a Mario, le derramaba cerveza en el pantalón cuando veía oportunidad.

Y yo, silencioso y hosco queriendo y no queriendo llegar a la cita.

Sé que lo hacían por mí, para alivianarme, para que se me quitara el trauma y pudiera encarar la vida como cualquier hombre aunque mi futuro como futbolista profesional pendiera de un hilo.

Por eso quiero a mis amigos, nunca dejan a un compañero morir solo. Pero hoy tengo la sospecha de que la están

regando, no deberían haberme traído, esta fiebre que me traspasa tiene ganas de hacer explosión.

De tanto darle vuelta al envase con ansiedad, mi cerveza se había calentado, de manera que antes de arribar a nuestro destino yo apenas había comenzado una nueva, fría, deleitante cerveza que de dos tragos volqué al estómago y me instaló en un momento de calma.

Entramos a un estacionamiento pequeño y discreto que a esa hora de la noche ya estaba prácticamente repleto. Me fajé la camisa, peiné el cabello con las manos.

Ándale, han de estar empezando, me instaba Omar.

Todavía en la puerta ofrecí resistencia.

Yo mejor me quedo aquí, ya estoy más calmado, para qué le muevo.

Nononó, vente, todo va a salir bien, hombre.

Entonces traspusimos la puerta. Paso marcial, decisión en la mirada, avanzamos en fila india. Por el pasillo fuimos encontrando daguerrotipos, fotos viejas, trofeos, diplomas, esculturas y bustos de los próceres del medio.

Una recepcionista trató de detenernos pero Mario, que era nuestro guía y ariete, pasó raudo con los papeles en alto como un estandarte.

Compermiso, compermiso, traemos una petición.

Y no de detuvo hasta rendir la puerta del salón de juntas sobre cuya puerta decía con letras doradas: Asociación Estatal de Árbitros. Sala González Archundia.

Señores. Si me permiten una palabra —comenzó Mario ante la sorpresa de los ahí reunidos—, soy el licenciado Mario Henestroza, y vengo representando al señor Hilario Junco, aquí presente, quien siendo un delantero de cualidades poco vistas y peor aprovechadas, fue expulsado del cotejo entre los equipos Atlético Santa Catarina y Deportivo Colgate.

Al margen del motivo de la expulsión —una falta menor aunque cometida en la persona de un hermano político del árbitro del encuentro— que el señor Junco aceptó sin chistar, el silbante, señor Hermenegildo Coyote Garcés, lo urgió a abandonar la cancha a fuerza de empujones e improperios. Protegido por su investidura, Coyote Garcés gritoneó e hizo mofa de la circunstancia del señor Junco quien, controlando las pasiones propias del partido, se sometió a la decisión arbitral.

Y aquí viene lo serio del asunto. El jugador salía del campo cuando, en clara provocación, el árbitro le dio una patada en el trasero, a la que el deportista respondió con un puñetazo, al cual el silbante replicó con otro intento de patada que Junco libró parcialmente cubriéndose con una mano mientras con la otra golpeó la cara de su adversario. De ahí en adelante hubo escaramuzas y mucho ruido, pero la peor parte profesional la llevó mi representado ante la amenaza de multa y expulsión permanente de las canchas.

Señores, ésta que narré es la versión más fidedigna y desapasionada de los hechos. Al enterarnos por la página

de la Asociación Estatal de Árbitros que el señor Hermenegildo Coyote Garcés sometería el caso a conocimiento del pleno, con el peligro de adulterar y viciar sus detalles, vinimos a evitar que nuestro amigo Hilario Junco sea injustamente expulsado para siempre de los ámbitos del fútbol.

Les dije que no me llevaran. Ya para este momento tenía mis ojos en los ojos del infeliz árbitro, lo fui cazando, lo fui cazando hasta que lo ligué. Con un dejo de cinismo me saludó militarmente con la mano en la frente. Yo moví la cara mentándole la madre. Peló lo ojos. Al ver su reacción fui más a fondo y le menté la madre con un largo movimiento del brazo. Coyote quiso aullar pero sus amigos lo calmaron y eso aproveché para agarrarme los bajos y ofrecérselos. Él se puso de pie y se vino como bestia cruzando el auditorio para reclamarme.

No sé a quién le di el primer descuentón porque de ahí en adelante todo fue un revoltijo de cuerpos. Apenas tenía un respiro, ya otro tipo se me venía encima. Hay que ver cómo se las gastan los árbitros para los moquetes, era un panal de abejorros asesinos, una cofradía solidaria que, como nunca participa en las peleas del campo, parecen muy mansitos e incapaces de violencia.

Nosotros éramos cuatro, ellos pasaban de veinte. Multiplicados por la fuerza de su coraje, en campo propio y arbitrados por ellos mismos... ni hablar, fue una fea derrota.

Les dije que no me trajeran, pero no me hicieron caso.

Cuando nos echaron a la calle, estábamos maltrechos. En

el carro abrimos otras cervezas para pasar el trago amargo.

No importa, Lalo, de perdido dimos nuestra versión, dijo Mario, total siempre puedes ser entrenador o futbolista olímpico, compadre.

El silencio del retorno era duro, como quien recuerda un amor imposible o un error que nos cambiará la vida aunque aún no se sabe cuánto.

En fin. Lo hecho, hecho. Para darles las gracias a mis amigos, los invité otra ronda de cervezas. Aunque dolidos, brindamos con envidia y regresó a la atmósfera del carro la sensación de que el juego del hombre no tiene igual sobre la faz de la tierra. Lo demás, era lo de menos.

Vocación

Voy a pedirles que me tengan paciencia, no soy un escritor joven como cualquier otro. La historia de mi vocación no tiene las iluminaciones del talento, es más, ni siquiera sé lo que eso significa. Me han pasado muchas cosas que trataré de contar aunque mi desorden sólo dé para contar algunas que no le interesarían a nadie, y mucho menos a los Rosas, que primero me animaron a escribir y tiempo después me sacaban la vuelta con tal de no martirizarse leyendo mis historias.

¡Vaya motivación! Sólo quedaba acusarlos de ignorancia, pero eran profesores universitarios, sabían más de mí que yo mismo, y si tuvieran razón y al final fuera pésima mi literatura, entonces nada de juicios de la historia o herencias a la posteridad o que Clara me amara por mi futuro prometedor de artista.

Los Rosas se cargaban cada puchero al finalizar la lectura de algún hijo de mi inspiración que el hecho no dejaba lugar a dudas: descansaron —los pobres pensaron que sería de manera definitiva— al verme subir al autobús que me llevaría a tan sólo cuarenta kilómetros de su vista porque una banda del motor dio sus últimas vueltas y en un estertor final nos dejó en medio del desierto.

Si alguna vez pensé que los documentales exageraban sobre el frío de los desiertos, ahí me enteré de la verdad. Y sin embargo había algo peor que el frío: la traición de la Rubia de los Lentes quien, no obstante haberme coqueado durante el viaje, permaneció en el autobús (todos nos bajamos a esperar otro) con la intención de meter en calor a un bigotón que, luego de librar aquella noche glacial, me tocó soportar como compañero de asiento.

Bárbara la Rubia de los Lentes: si ha de darse crédito al bigotón, aquella noche hicieron varias veces el amor mientras, abajo, yo y una veintena de pasajeros luchábamos contra el frío. Teníamos que esperar tres horas para el paso del siguiente autobús de la ruta, así que se desató una carrera rumbo a la parte trasera del vehículo para buscar el calor que aún conservara la máquina averiada.

Hallé un lugar cómodo, y en cuanto se creó cierto remanso entre los ahí amontonados, me dispuse a analizar la problemática social del asunto, y los lenguajes y los factores de comunicación no-verbal y gestual de los que no entiendo nada en absoluto.

Lo del nivel socio-semiótico de toda situación era algo que los Rosas habían tratado de meter en mi cabeza, o por lo menos en lo que llamaban mi discurso narrativo. Pobres, algún día abrirán los ojos y comprenderán que mi cabeza no funciona como un computador, a lo sumo como un ábaco al que le faltan bolitas y da respuestas siempre equivocadas.

No obstante, siguiendo una promesa que les juré cumplir, me di los cinco minutos reglamentarios para estudiar la dialéctica en que me hallaba inmerso. Como siempre, el tiempo sólo me alcanzó para llegar a los rudimentos de los sistemas de signos y quedarme varado en lo de la interpretación de códigos, y de ahí a otros pensamientos...

A buena hora se me ocurre recordar que un escritor debe escribir cartas, intercambiar correspondencia. Quizá Clara guardaría mi epistolario y cuando la muerte ordenara por primera vez mi desorden podría publicarse en un homenaje periodístico o, por qué no —si su volumen lo ameritara—, en forma de libro póstumo prologado por mi mejor amigo.

Esto último resultará casi imposible: mi mejor amigo no sabe pizca de literatura y, por si fuera poco, deplora mi vida personal...

Pero para que eso sucediera tendría que morirme, y estaba bien vivo cuando hubo que atravesarse a media carretera para que un autobús "Flecha Amarilla" —cuyo conductor nos enseñó desde lejos un florilegio de ademanes obscenos— se compadeciera del semblante de náufragos que todos, exceptuando desde luego al bigotón y la Rubia de los Lentos, mostrábamos...

No deseo justificarme, pero uno de los tantos terapeutas en mi currículum asegura que mi carácter maniaco-depresivo se inmiscuye en la escritura, no puedo seguir un orden y no sé bien por qué, debe ser alguna fijación que me

traigo entre manos. Al margen de otros diagnósticos de esa o parecida naturaleza, el mío propio es que quizá en vez de neuronas tengo algunas células del riñón, y por eso tienda al caos. Subversivas: cuándo se ha visto que las neuronas de un escritor sean analfabetas o se opongan a lo que les dicte el autor...

No sé cómo pudo sospechar todo esto la Rubia de los Lentos, el caso es que pitonisamente escogió al bigotón para refocilarse. Una vez que dejé atrás mi estado de extrañeza, vi asomar la cara del tipo invitándome a acompañarlo. Mientras me narraba las hazañas de equilibrio que se sucedieron en los asientos 25 y 26 del autobús inservible, yo trataba de concentrarme en otra cosa que no fuera ese camino de chupetones tan sanguinarios en el cuello del bigotón, pero como él no escatimaba detalles, envidiosamente concentré mi morbo en otros horizontes.

Además, todavía tenía yo que preocuparme por la actitud de los Rosas cuando me vieran regresar, y de paso hubiera que pedirles un préstamo porque mi dinero para el viaje se había terminado después de los tres meses que pasé preso entre libros, ensayos, doctrinas y conclusiones. Según los Rosas, detrás de la invitación que me hicieron para visitarlos estaba el plan de hacer de mí un escritor comprometido a cambio de que yo les narrara mi experiencia política...

Nada podía acreditar me tal experiencia, en mi vida no había ni una palabra de militancia o activismo aunque los

Rosas lo creyeran gracias a circunstancias fuera de mi control y que ahora no deseo recordar.

Entonces vinieron los discursos, hacerme ver hasta dónde tenía yo que ser consciente de mi papel histórico, del nivel potencial de mi situación, de los estratos de la realidad en que debía bucear, de las lecturas fundamentales para mi desenvolvimiento artístico..., o sea, noches y noches desvelándome en busca de las esencias del mundo circundante; infumables sesiones de discusión; invitados especializados en diversos campos del saber —quienes tenían en común, sobre todo, su afición por el ron nicaragüense que nunca faltaba en la mesa de los Rosas—, y a veces, visitantes inesperados con toda clase de rarezas.

Pongo un ejemplo. El primer pintor que conocí insistió toda la noche en hacerme patentes las bondades de su nueva concepción en las artes plásticas: la Coprólisis Aplicada.

Defendía que el carácter humano de la obra visual debía expresar con fuerza su naturaleza, por lo que las heces fecales —mezcladas de manera adecuada con secantes, pastas y colores, y transitado un proceso de activación electrolítica— aportaban nuevas tonalidades y eran un elemento muy hondo y privado del artista.

Estuve a punto del vómito cuando, muy excitado por mi estupefacción, se ofreció a enseñarme algunos estudios que cargaba con mucho cuidado en una bolsa de plástico; e incluso se atrevió a proponer que, si yo lo deseaba, prepararía la mezcla con ciertos productos del botiquín tan

pronto como le dieran ganas de zurrar para darme una “muestra fresca”, como le dijo emocionado.

Nunca olvidaré sus dos manos apretando la mía cuando nos despedimos, y sobran comentarios para lo que desde ese día causan a mi estómago ciertas exposiciones de pintura moderna...

No sé cómo llegue a lo anterior si me proponía seguir la línea de los hechos, pero de cualquier modo ese sujeto me enseñó más sobre la esencia del arte que los doctos consejos de los demás. En fin, que a la vuelta de un mes y medio los Rosas me consideraban una especie de retrasado mental sin ambiciones ni talento, y por esas mismas fechas comenzaron los bostezos cuando leían mis cuentos terminados...

Así que en el momento que vi la cara de Armando Rosas, pálida por la sorpresa de verme otra vez, sin poder decir con sonidos lo que su expresión reflejaba, advertí hasta dónde llega la educación o la paciencia de un ser humano: en vez de gritarme Me lleva la chingada, dijo:

“¿Qué pasó? Ya te hacía en Europa”.

De todos modos no se apartó de la puerta hasta que expliqué mi dilema y le di diez minutos de detalles sobre la Rubia de los Lentes y el terrorífico asunto del autobús y la promesa cumplida de los análisis semiosociales a la vera del camino.

Así y todo, nada mermó su cara de piedra ni le hizo la mínima gracia; me puso condiciones muy severas: estaría en la casa sólo el tiempo indispensable para bañarme,

comer, reservar un asiento en el próximo autobús de primera clase, y en caso de suma urgencia, una siestecita... Lo de la siesta me recuerda otro suceso, pero no, orden, orden... Prometí sujetarme a las medidas y girarle de inmediato el dinero que me prestara. Luego de estos finiquitos, Armando se metió a la biblioteca, yo me fui directo al baño para quitarme las costras del viaje y...

Y otra vez, justo ahora, cuando he prometido no desordenarme, recuerdo el olor a incienso que inundaba la casa de los Rosas y las palabras me arrastran hasta el Gurú, me obligan a relatar las circunstancias en que conocí a los Rosas...

Yo iba rumbo a la Librería Gandhi y él repartía volantes de la Coalición Cosmopolita de Liberación del Continente afuera de una gasolinera. Yo era joven e idealista. Él un adulto macizo y gandalla. Yo con destino a un centro de cultura. Él aguardando a que le llenaran de combustible una decena de envases de Coca Cola. Yo, como se ha visto, presa fácil de la sicopatía. Él, apenas me vio, se tiró un rollo tal que decidí hacer una visita a las oficinas de la Coalición sin soñar que saldría de ahí con mi primer misión como activista de una manada de pirómanos irresponsables.

Nada supe de romanticismos ni cambios climáticos; me hallé bombardeado por consignas de fidelidad y exigencias de una acción letal y relampagueante por una fauna de encapuchado que se congregaban a mi alrededor, amenazándome con hacer caer todo el peso de la

Coalición si trataba de traicionarlos, y salí de ahí con las seis molotov asignadas a cada camarada.

Dado que el grupo era de reciente formación, aún no se elegían los blancos, aunque se recomendó que los atentados fueran contra embajadas o supermercados por el peso de ambas instancias en la opinión pública.

Varias veces me planteé el abandono de la nave, pero tarde o temprano los investigadores de la Coalición descubrirían mi renuncia y de seguro irían tras de mis

huesos. Nada como una buena dosis de delirio para embriarse con ideas extrañas. Recuerdo que entonces padecía en carne propia la imagen de mi muerte bañado en aceite y el Gurú me perseguía con una antorcha encendida hasta que me daba alcance, él se detenía, satisfecho y burlón, mientras yo corría por las calles como esos extras de película, con los brazos levantados en muestra de dolor. En fin, esos días tuve sueños horribidos y despertares peores.

Así entonces, decidí dejar mi carga de bombas molotov en la puerta de la tienda de don Pepe, abarrotero célebre por su indecencia en los precios, aunque por lo pronto no tuve al arrojo de prenderle fuego.

Mi inteligencia no daba para resolver el asunto sin lastimar a terceros...

¿Inteligencia?

¡Cuál inteligencia!

Es más, la primera persona que me atribuyó tal don fue Clara —ángel de ángeles— con su nariz respingada y sus ojos enormes.

Nos conocimos en la Sala de Consignados de la Procuraduría; yo en espera de que se tomaran mis generales por haber activado un operativo militar que tuvo como centro el otrora productivo negocio de don Pepe, y ella, arrestada por atropellar con su auto a cinco perros de la jauría del Cónsul de Canadá que éste paseaba en un parque.

Andaba hasta las chanclas mi Clara: el carro quedó hecho pedazos cerca de una fuente, y todavía se bajó con la botella de ginebra en la mano.

Pero quizá valga la pena dejar a Clara por lo pronto...

La cuestión fue así. Como mis pesadillas no me permitieron incendiar nada, lo que hice fue dejar mi encomienda en las puertas del negocio de don Pepe y avisarle al Ejército que según mis observaciones en el negocio pasaban cosas raras, por las noches había tipos rondando, al parecer armados hasta con granadas y bombas molotov. Les di la ubicación de la tienda, mis datos y me encomendé a las fuerzas divinas universales que en el fondo eran las mismas que producían mis malos sueños.

Primero todo comenzó de la peor manera, una partida de soldados llegó a mi departamento de estudiante y me sacó de la cama. Me instalaron en un cuarto del Campo Militar hasta que fue de día, y a continuación me llevaron con lujo de cuidado rumbo a la Procuraduría.

Fue ahí donde todo salió a la luz. Me encontré con la sorpresa de que era canijo el viejo don Pepe: cuando los militares llegaron, quedó al descubierto un enorme sótano repleto de armas que "alguien" —aunque no se confirmaba aún, todo indicaba que los Zetas— abastecía en Monterrey antes de enviarlas para la distribución a sus grupos.

En otras palabras, en vez de terminar como un vándalo repulsivo, mi foto adornó las primeras planas de muchos periódicos alzado a alturas de joven valeroso acorde con los ideales del más desinteresado humanismo, reflejo del valor en aras de la justicia, que teniendo en poco su vida, etc., etc. En medio del mar de preguntas de los reporteros dije que me gustaría estudiar la carrera de Sociología

Algunas semanas después del incidente, Margarita Rosas llegó a mi casa —representando al profesorado de la facultad— para invitarme a moderar una mesa redonda sobre los peligros de los gobiernos globalifílicos en América Latina.

Cuando puse cara de que me hablaba en chino, me dijo Margarita que comprendía mis reservas pero que no me pediría toma de partido. Según ella, con que hablara de mi militancia el evento sería un éxito.

Tantas veces traté de negarme que, cuando me vi ahí, frente a un auditorio que más parecía el público cautivo de una penitenciaría, me arrepentí de nuevo de mi debilidad de carácter. Todo fue que Armando Rosas dijera a la concurrencia que yo haría el resumen de lo expuesto luego de terminar la mesa, para que de mi boca emergieran las más peregrinas

estupideces que con toda seguridad se habían pronunciado en ese recinto. Aun así, una salva de aplausos coronó lo único congruente que dije antes del final de mi caótico juego de asociaciones espontáneas: "Larga vida a la Libertad".

Todo mundo estrechó mi mano ponderando mi anarquismo, vislumbrado supuestamente en la renuencia a inclinarme por planteamiento alguno de los expuestos en la mesa redonda.

Esa noche se organizó una fiesta en casa de los Rosas, e hice oficial mi deseo de ser escritor. Me salieron padrinos por todos lados, me auguraban grandes alturas y profunda huella, mientras yo iba bebiendo las cubas de mi primera borrachera.

Por la mañana tenía una resaca con todas las de la ley: boca patosa, sienes palpitantes, mirada ausente, esfínteres convulsos, caminar menguado y pensamientos obscenos. El paraíso de un masoquista.

Aquel día escribí mi primer cuento al ritmo de las pulsaciones que martirizaban mi cabeza, y fui a la cocina a beberme no menos de seis aguas minerales con limón. Tal vez estas dos circunstancias, además de mi poca dotación de neuronas, signaron el destino de mi literatura. A los demás se les quedan cosas en el tintero, en mi caso, el tintero está vacío y quisiera meter cosas en él para decirlas algún día.

Meses después los Rosas se mudaron a la capital, y los ilusos me invitaron a pasar dos semanas con ellos, las

cuales, como ya se vio, se convirtieron en un desastre de tres meses de inútil adoctrinamiento.

Clara salió libre y no la meteré más en esta historia.

Mi falta de tino aumentó progresivamente.

Compré dos laptops.

Abandoné la escuela, y creo que por lo menos algo bueno hay en este trabajo de redactor de discursos políticos: nadie se da cuenta de mis tormentas cerebrales.

Educación sentimental

*Como dos ángeles a quienes tortura
Una implacable calentura,
En el azul cristal de la mañana.*

Baudelaire, *Le vin*

Ella no llegaba temprano ni durmiendo en el lugar de la cita. Y eso cuando se le ocurría cumplirla, porque muchas veces me ha dejado papando moscas todo el fin de semana sin aparecer.

Es lo malo de ser ingenuo a estas alturas del milenio. Debí darme cuenta desde el principio, pero creo que la falta de costumbre, mi lejanía de los antros de fin de semana o los frívolos chats de toda clase, me volvieron hombre al agua.

Las 9:32 y un como coraje de que entre otros problemas esta recurrente impuntualidad fuera el más común. Y es que deja mucho a la imaginación lo que ella es capaz de hacer desde las 8:45 —hora de nuestro compromiso— hasta las 9:32: 47 minutos para un telefonazo adúltero, un sueño pecador, un coitus interruptus o hasta olvidarse de que hoy teníamos que vernos en la casa.

Y claro, en caso de llegar va a bombardearme con todo eso de sus intereses artísticos, el tiempo escapando de la conciencia, la sesión de jazz trascendental y otros argumentos “ontológicamente válidos”, como ella dice.

Ni hablar, hay gente con la capacidad de vivir en otro mundo traslapado con el de uno, un mundo donde se crean insospechadas dimensiones de la paciencia y el amor. No bien se vuelve el rostro y ahí está ella, estocada de ojos negríssimos hasta mi escritorio que me hizo volar a las interpretaciones mánticas del azar controlado y la predestinación y las lecturas de cartas y las manos entrelazadas y seguro que es Acuario y las caricias y la solidaridad y pon tu cabeza en mi hombro de hombre hambriento.

Iluso.

Lejos del encuadre de la primera vista, entró a mi oficina, morena, con el cabello recortado y una piel que invitaba al arrebató. La estoy viendo sentada con la seguridad de no creer en adivinaciones o destinos prefijados sino en la objetividad de los contenidos, fotografías y mapas de la *Enciclopedia Grolier* en diez tomos impresos y quince dvds que me ofrecía en venta.

Aun y cuando recitaba de memoria su plan de crédito la escuché embelesado. Oírla por los siglos de los siglos así, manejando acuáticamente la calculadora para darme el precio más accesible *Nada más por ser tú voy a darte un descuento del 30, me caes bien, tienes cara de conocedor. No te fijas en el precio sino en la utilidad que sacarán tus hijos*

cuando te cases, porque tan joven no puedes ser casado, no no no, no te lo recomiendo, mejor vive tus aventuras, si yo fuera un hombre guapo como tú y con el temperamento a flor de piel... Ya me imagino la montaña de chicas que se derriten con la loción que traes puesta ¿Hugo Boss?...

Total, acabé firmando un contrato de compra sin leer cláusulas ni fijarme en mensualidades pero con su promesa de cerrar algunos pequeños detalles en una visita nocturna a mi casa.

Pero muy insignificantes debieron ser los detalles, porque no se apareció por la casa donde ya tenía listo el escenario de la seducción incluyendo inciensos, ostiones ahumados y cerveza, todo lo cual hube de consumir yo solo hasta quedar empanzado y algo ebrio.

Maldita suerte. En mi cama con sábanas limpias me quedé encendido. Y aunque por la mañana desperté todavía contrariado, cuando menos me alzó el ánimo la perspectiva de romper el negocio en el que tan burdamente comprometí. Porque bien que mal cualquier tipo de abono o cuota sería en decremento de mi ración semanal de ron en el Kollin's Piano Bar (*Parece bar de viejitos*, dijo la morena el día que lo conoció).

Convencido de que el plantón no había sido tan bochornoso, me preparé para irme a trabajar. Salía del baño cuando sonó el teléfono y su voz, mucho, pero mucho más sensual que en persona, me tumbó la toalla y sin poder controlarlo un temblor coruscante se subió en mi entre-

pierna mientras ella se justificaba y cada palabra hacía latir mis sienes hasta reglarme una erección que no me abandonó sino hasta diez minutos después de que colgamos.

Me invitaba a su departamento, así, como si nada, a escuchar música, nada de negocios sino más bien una copa de vino del Mosela, estarnos muy juntos en la alfombra guardando silencios largos y quizá leer poesía. No se lo dije, pero ya en ese camino hubiera completado con lo de la embriaguez, mi mano en su cabello, los cuerpos desnudos, nuestras bocas dándose el quién vive y besos de toda clase dictados por mi lujuria pasajera.

Sobra decir que esa mañana no supe de mi trabajo y las secretarias, antes tan guapas a mis ojos, rebajaron sus dotes comparadas lo que me esperaba por la noche en una colonia del sur de la ciudad. Sabría Dios cómo se podía vivir así una vendedora de enciclopedias. Tal vez embromaba a muchos como yo con sus ventas o era una come hombres con papá rico cuyo trabajo servía para atraer a sus presas. En cualquier caso no importaba, tenía un cuerpazo de yo hasta aquí llego y una voz que como ya se vio me movía a hondos desbarajustes.

Telefoneé a mi amigo Alfredo que sin chistar me prestó su auto, y antes de la hora de comer al mediodía ya estaba listo para la cita. Comí en casa –poco y ligero para no flaquear a la hora de la faena– y cuando volví a la oficina la Kokis, que me traía ganas desde tiempo atrás y seguro había visto cuando la morena me vendía la enciclopedia, se

mostró bastante curiosa acerca de mis planes para esa noche, “Oye ¿dónde va a ser la orgía, chiquito?” Puse cara de inocente, pero se me transparentó la culpa. Pura mala-sangre, después de todo lo de mi temperamento y mis manos grandes debía traerla también de un ala, y no le cabía en la cabeza imaginarme entrepierñado con la morena cuando a ella ni siquiera la había convidado a un cafecito comprometedor.

Con velocidad la Kokis enteró a media oficina de mi aventura, así que al final de la jornada en el gesto de las compañeras hubo desaprobación y en el de los compañeros envidia mortal mezclada con el deseo de que me aplastara un tráiler.

El carro de Alfredo no traía gota de gasolina. Mientras esperaba combustible me puse una buena cantidad de loción. Hallé la dirección sin dificultades y por ello me quedé con 11 minutos para arreglarme el cabello, pasarme un pañuelo desechable por los dientes, un poco más de loción, mmmhhh, ensayar en el retrovisor algunas miradas libidinosas aunque discretas, emparejar con la boca unos pellejos (cutícula saliente, dicen los que saben de manicuras) de los dedos, y sobre todo revisar mentalmente la táctica a seguir desde el primer saludo hasta el cigarrillo después del acueste.

Seis veces subí y bajé la escalera comprobando que en el departamento de la infame no había nadie. Quién lo iba a decir: los 11 minutos se convirtieron en casi una hora

golpeando sin respuesta puertas, ventanas y paredes. Apañada de mi inútil cruzada, una señora de la planta baja me dijo que había visto temprano a *esa* del cuatro cero cuatro, pero que si tenía las luces apagadas de plano mejor viniera los sábados que era cuando hacía sus fiestas, “Entre semana vienen muchos así como usted a buscarla, pero nunca la encuentran”. Las salas de la Inquisición se quedaban cortas para las nuevas propuestas de tortura que imaginé entonces para la pérfida, apócrifa morena.

Con la furia nimbando mi cabeza como un nubarrón enfilé hacia el Kollin’s, y a medio camino descubrí que la loción se había combinado con el sudor de tanto trajín entre escaleras y ahora resultaba desagradable.

Iba entrando a mi destino cuando ahí, en una de las primeras mesas y bien arropada entre los fajinerosos brazos de un señor maduro, estaba ella. No la morena, sino algo mucho peor para mi reputación y mis planes de esa noche: Martita, la más chismosa de mis compañeras de oficina, alzaba su mano para invitarme a acompañarlos. Los saludé de pie y disculpándome fui a saludar al barman. Éste me dio una noticia funesta: habían reservado lugar veintitantas pasantes de una universidad texana. Nunca en mi desdichada existencia vi más de cinco mujeres juntas en el Kollin’s y justo entonces, cuando no podía quedarme más de cinco minutos para salvar apariencias en mi oficina, llegaba una avalancha femenina. Aquella noche se me cebó todo, terminé bebiendo una copa con sabor amargo en otro

bar, y luego supe que hasta el barman alcanzó a *arreglarse* a una futura sicóloga después del cierre.

Ver de nuevo a la traidora fue cuestión de días. Un cobrador llamó a la puerta exigiéndome las primeras tres mensualidades de la enciclopedia. A pesar de mi enojo lo traté amablemente porque: 1) él no tenía la culpa de mis problemas con la morena; 2) por su intermedio tal vez podría dar con su paradero.

Sin embargo terminé mentándole la madre ya que ni se iba sin cobrar los pagarés, ni sabía nada con respecto a los vendedores y ultimadamente ni aunque supiera me lo decía. Y lo era en serio: se trataba uno de esos mexicanos incorruptibles que no abundan: ni siquiera miró el billete que le ofrecí por la información. El señor regresó varias veces sólo para advertirme de las acciones legales que se tomarían en mi contra, y siempre se fue con la mentada de madre y el cerrón de puerta.

Así las cosas, cómo podía imaginarme que cuando tocaron de nuevo, ya entrada la noche, en vez de la torva faz del cobrador vería el cuerpo esbelto de la morena. Traía una botella de tequila y varios discos, materiales que puso inmediatamente sobre la mesa del antecomedor para luego barrer con la mirada mi hábitat de subjefe administrativo de Bodegas del Norte, mientras yo a mi vez la miraba con su actitud de dejemos atrás rencores pues nuestro amor es limpio y puro.

Comenzó a instalarse. Vestía un overol de mezclilla debajo del cual traía una miniblusa que apenas le cubría los pechos, y yo, como no esperaba visita, traía unos bermudas medio hawaianos y una camiseta de Depeche Mode. Desenfadadamente abrió la botella, se deshizo de los zapatos y me pidió un par de vasos. Ni amenazas ni acusaciones ni corajes salieron de mi boca, y más bien me volví un testigo de su desempeño para poner un disco, servir dos cantidades generosas de *Tesoro de Don Felipe* (añejo) en los vasos, sentarse en mi sillón favorito y con un gesto invitarme al arrumaco. Todo al revés de cómo lo imaginé. La morena tendiendo su mano hacia mí, dueña total de la pista, y yo en una especie de sueño hipnótico. Me fui acercando a pasos cortos, tragaba saliva y pelaba los ojos, de modo que viéndome tan dubitante me llamó con el índice mientras con la lengua recorría el filo de su vaso. Qué caray, y uno que parecía tan hombre hecho y derecho.

Dije: “¿Me esperas un momentito?”, y corrí a ponerme unos pantalones y casi atragantarme con el *Astringosol* que ni tiempo tuve de diluir. Cuando volví al ruedo llevaba la boca como si hubiera comido un puñado de chiles habaneros, así que el primer trago de tequila no me supo a nada. Para el segundo —sentado ya cerca de la morena aunque aún inquieto y reticente— la calma me invadió poco a poco y me di cuenta de que ella venía ya media servida a decir por la expresión de sus ojos enrojecidos y un olorcillo a incienso con alcohol. Además como que le hablaba a un

paisaje al óleo colgado en la pared y de cuando en cuando le decía *Uta, de verdad vale la pena*.

Aprovechando esa especie de mansedumbre mística traté de abrazarla por los hombros. Al sentirme nada más arqueó el cuello y me lo ofreció. Cuando estaba por abrirle el segundo broche del overol la morena comenzó a hablar. Primero con suavidad, como si estuviera disfrutando de mis caricias, pero al cabo se hizo claro que más parecía un delirio o una posesión. Hablaba de su admiración por cierto pianista de nombre Yarret, explicaba las profundidades de los aguafuertes de Toledo; de ahí brincaba a la naturaleza híbrida de los personajes de Dario Fo, luego a las representaciones teatrales precolombinas, y después a la danza contemporánea de Monterrey. Cuando le bajó un buen cuarto de litro a la botella por fin nos dimos un beso. Largo y gatuno beso que terminó cuando ella se puso de pie y sin aviso me tomó de la mano, me llevó al baño. Yo entré pensando que sería algún lance erótico. Pero qué va, cerró el pasador exterior y me encerró.

—¿Me escuchas?

—Sí, pero qué pasa, por qué me dejaste aquí.

—Soneto de separación. Vinicius de Moraes.

—¿Perdón? —traté de aclarar el punto.

—Voy a decirte el Soneto de separación:

De repente la risa se hizo llanto

Silencioso y blanco como la bruma

De las bocas unidas se hizo espuma
Y de las manos dadas se hizo espanto

De repente la calma se hizo viento
Que de los ojos apagó la última llama
Y de la pasión se hizo el presentimiento
Y del momento inmóvil se hizo el drama

De repente no más que de repente
Volvióse triste lo que fuera amante
Y solitario lo que fue contento

El amigo próximo se hizo distante
La vida se tornó una aventura errante
De repente no más que de repente

La misma fuerza extraña que la hacía hablar la llevó a sosegar. Apenas terminó el poema me abrió la puerta del baño. Yo tomé de nuevo mi lugar en el sillón. Ella se vino a sentar junto a mí y con calma me preguntó sobre mis *experiencias vitales o módulos de existencia*, y como el tiempo se me fuera en pedirle precisiones para responder, se quedó dormida dejándome otra vez a media corrida y sin haberme lanzado a matar. Tan pesado era su sueño que ni ganas tuve de seguir insistiendo, así que la dejé acostada en el sillón.

En la mañana ella despertó primero y después de ducharse fue hasta mi cama y no pudo evitarse mi reacción de traerla junto a mí y terminar lo que la noche anterior había empezado. Qué aprendizajes depara la vida. Podría decirse que hasta entonces yo no había conocido lo bueno.

Desayunábamos cuando, como no queriendo la cosa, investigué el porqué me había dejado plantado la última vez, y sin ningún pudor me dijo que sí estaba en el departamento cuando fui a buscarla, pero amancebada con un saxofonista que llegó quince minutos antes que yo. No supe qué sentimiento fue más fuerte, si el de la imbecilidad porque me ganaron el mandado o el de los celos que desde esa ocasión echaron ancla en mi cabeza.

No tiene demasiada importancia, pero me sentí más imbécil que celoso por aquella única vez porque ya para irse me comentó con mucho tacto que, pues era su trabajo, y le daba de comer, y no quería problemas, así que con pena sacó los pagarés de la enciclopedia, me los dejaba para que en la brevedad posible, por la comisión de venta, tú sabes, y mi historial de crédito, y zaz, de repente el portazo y yo detenido como en una fotografía.

A pesar de lo sucedido nuestra relación continuó. Llegaba cuando quería y hacía de mí el juguete de sus antojos. Yo insistía de todas maneras en ir alguna vez al cine o a cenar como otras parejas, pero ella prefería el amor puro sin dar tregua ni respiro.

La confianza hizo que poco a poco me fuera desvelando su mundo personal, pues me llevaba a las reuniones con sus amigos más cercanos y entonces fue que caí en la cuenta del porqué de ciertas conductas de mi morena como aquella del poema frente a la puerta del baño y el Teatro de la Aniquilación. Tales reuniones eran poco menos que laboratorios donde se preparaban toda clase de cocteles e ideas extrañas. Y ahí sí mi morena como pez en el agua, perseguida por todo mundo, de aquí para allá como si fuera el alma sin la cual ninguna fiesta era exitosa. No bien llegábamos, se venía la multitud a saludarla, aplaudían, hasta le cantaban porras de vez en cuando, y más de una vez salí de sótanos o pisos arrabalerados bien alumbrado a causa de los mil humos que flotaban en el ambiente.

Aunque me consideraran un elemento extraño que siempre andaba desfasado viéndolos con ojos de lémur, cada vez la colectividad se fue habituando a mi presencia. Era como departir con el enemigo, pero ni hablar, también era la única forma de que la morena no se me saliera de control ante los ánimos de tanto amigo libertino que la rondaba como las abejas al panal de la miel.

En fin, desde luego en algo me aprovechó andar en tales farándulas, profundicé en el conocimiento de los vicios humanos y a la vez me ha servido para acercarme al amor de mi vida. Pero así y todo prefiero que salga sola de cuando en cuando, darle un poco de libertad y confianza que consoliden nuestra relación además de asegurar el sustento diario.

Si es fiel, no lo sé. Me paso muchos días sin verla, atemperando las oleadas de celos que me asaltan cuando imagino todos los brazos que la rondan, y ella tan sencilla que es, y medio coqueta, y cómo se le adelgaza la voz cuando entra en confianza: ¿quién lo va a resistir?

Pero a lo hecho pecho, el caso es que son ya las 11:20 y voy perdiendo la fe en que llegue, sigo esperándola con la certeza absoluta de que cualquier cosa que diga por el retraso la creeré.

Me quedo solo tan a menudo que a veces ya no resisto esta situación. Cuando me deja colgado extraño la oficina. La dejé hace meses por culpa de las insidias de la Kokis quien, dada su recién estrenada relación con el Director General, logró que me despidieran al fin. Pero a la vuelta del tiempo creo que eso fue lo mejor, me obligó a independizarme y de manera indirecta abrió los caminos de mi futuro con la mujer de mis sueños aunque mal pague, y tenga cinco días sin venir, y la cama esté tendida aguardándola para colgarnos hasta de los candiles.

Vivimos bien, a qué negarlo. Desde que me mudé a esta casa para atender el negocio de compraventa de mi morena hemos progresado mucho. Pero eso sí, no tenemos ninguna enciclopedia.

Ceremonia

Digo a quien lo quiera oír que la ciudad en que nací, San Ramón, por mejor nombre la Reyna del Aire, es una urbe sin par. Y no lo afirmo yo, que podría exagerar sus virtudes por mi carácter de Hijo Predilecto del Ayuntamiento sanramonense: lo dice la voz popular que no suele equivocarse; lo dice el sempiterno Matías del Bosque, Cronista Oficial de la Metrópoli; lo dice la reciedumbre de sus hombres, la mansa dedicación de sus mujeres, ese halo de inocencia y calma en los rostros de cada infante de esta ciudad.

Habiendo sido, como fui, distinguido con el honroso cargo de Orador Oficial de esta Ceremonia Solemne para celebrar los 420 años de la Reyna del Aire —apelativo que como todos saben fue impuesto por nuestro poeta mayor, Ataúlfo Martínez, en su laureada composición Nocturno a San Ramón— es imposible soslayar así sea un apretado resumen de su historia, que no por conocida es menos digna al recordar y recordarnos el origen de los que dieron aliento para que San Ramón fuera la notable ciudad que es hoy.

Remontémonos en el tiempo. Es la alborada del 21 de mayo de 1596. En la fértil llanura del Cañón del Huajuco, intocado por huella humana, sólo trinan avecillas y

multitud de arroyos, con su correr de siglos, dan frescor y alimentan el paisaje primoroso de aquel amanecer. ¿Y el hombre? Del hombre sólo existe la frágil mancha de alguna fogata que los indios huachichiles, en su nómada jornada de cacería, dejaban tras de sí.

Entonces, pisando la maleza fragante y virgen, corceles de exquisito porte hicieron su aparición. Sobre uno de ellos, como emblema del futuro, la brillante armadura del líder hacía palidecer al mismísimo astro rey: era don Ramón Cansino y Monteclaro, Vizconde de Salamanca. Tras él, cuatro de sus capitanes esperaban la señal de regresar por las doce familias que aguardaban noticias a la entrada del Cañón.

¡Aquí! —dijo don Ramón con voz argenta, haciendo inmortal el adverbio para la gente de estas tierras—, y de inmediato los jinetes partieron a dar la buena nueva.

Aprovechando esos momentos de soledad, don Ramón, llevado por la quietud, por la brisa acariciante, por los meses de fatiga y polvo sobre el caballo, se despojó de yelmo, pechera, botas y calzas para introducirse en las aguas del arroyo que desde entonces adquirió su nombre original: “Arroyo Don Ramón”, aunque luego los indios —testigos del baño de nuestro fundador tras unos sabinos y en escarnio de la probada hombría del prócer— dieron en apodarar “Arroyo La Ramona”, como se le conoce hasta el día de hoy.

Refrescado y listo para mejores andanzas, Cansino y Monteclaro encabezó el contingente (14 carretas, 17

hombres, 24 mujeres, 11 infantes de diversa edad y 60 bestias entre ganado de tiro, carga y alimento) rumbo a lo que habría de ser el lugar de la Fundación por todos nosotros conocido como “El Hoyo Chico” —para diferenciarlo del “Hoyo Grande”, descubierto y nombrado así poco tiempo después—, donde se dice que nuestro prohombre cayó luxándose un tobillo y, no pudiendo avanzar más, dio por fundada la ciudad.

El Escribano Oficial, Lombardo Lara, redactó la famosa Acta Real de Fundación de la Ciudad Metropolitana de Sn. Ramón del Espíritu Santo con la Voluntad de Dios y de la Virgen, cuyo original está perdido y de la cual, para beneficio eterno de San Ramón, hizo copia facsímil el sempiterno Matías del Bosque, último ser humano en ver el documento original antes de que fuera robado de las vitrinas del Archivo Histórico.

Rico en vetas de sillar y barro, el Cañón del Huajuco proveyó a los fundadores de habitación digna. Asentados ya, prevenidos de las asonadas de los indios bravucones y ayuntados cada cual con su mujer y sus bienes terrenales, quiso el destino que durante una excursión en busca de ganado matrero se hallase una cueva que mostró buen talante de plata, por lo que aconsejados por don Ramón enderezaron el plan de dedicarse a la noble labor del comercio con el metal precioso, que el Fundador había aprendido de sus mayores originarios de Toledo.

A cuatro meses de su inicio como ciudad, ya San Ramón mostraba su enjundia y su fuerza de carácter, hasta que llegó el fatídico día...

17 de septiembre de 1596.

Un grupo de extraños asaltó a la pacífica población. Renegados tal vez y de cierto ambiciosos, vaciaron la Casa del Ayuntamiento de toda señal de plata, tomaron cuanto había de bastimentos y quemaron las casas y la iglesia que aún estaba en cimientos. Nada quedó de la memoria de San Ramón sino su gente —capital principal pero incapaz de oponerse— que fue obligada a unirse a los cuatreros encabezados por Diego Montemayor, de desdorada memoria.

Es por todos conocido que aun sufriendo humillaciones y castigos, de la boca del orgulloso don Ramón Cansino y Monteclaro, Vizconde de Salamanca, no salió queja alguna.

Junto con sus virtuales prisioneros, el 18 de septiembre los advenedizos fueron a dar hasta un páramo en cuyas estribaciones había un charco cenagoso que Montemayor, ebrio como casi siempre, llamó con pomposa altanería “Ojo de Agua”, y del cual trató de beber en busca de quitarse la resaca, con tan mal resultado de trapiés y resbalones que terminó quedándose dormido. Su gente —y la nuestra también, forzada por las circunstancias—acampó alrededor del pantano.

Encantados de la vida, aquellos infelices cuyos apellidos han trascendido (Montemayor, Canto, Berlanga y

demás broza) medraron con el trabajo y la disposición de los originales sanramonenses, y pronto vieron crecer chozas, luego casas, edificios y toda esa parafernalia que ahora se llama Monterrey, y que una vez más yo, único descendiente directo de don Ramón Cansino y Monteclaro, Vizconde de Salamanca, como he hecho desde hace 54 años, desenmascaro como hija putativa de aquella Arcadia original que fundó mi antepasado, y declaro que el título correcto de esta ciudad no es otro que el de Ciudad Metropolitana de San Ramón del Espíritu Santo, que vio la luz no el 20 de septiembre, sino el 21 de mayo de 1596, en el Hoyo Chico, muy cerca de lo que hoy se conoce como Presa de La Boca, donde se erige una discreta pero muy significativa placa en memoria del evento.

Y otra vez, ahora sí con la esperanza de ser escuchados por el Presidente de la República, estamos en esta plaza y en esta fecha espuria intentando poner el nombre de la Reyna del Aire en los libros y las crónicas oficiales.

Agradezco la presencia de todos ustedes, los 22 ciudadanos que aún se asumen como la comunidad sanramonense en el exilio, que no se rinde y espera que con los esfuerzos de este servidor y los buenos oficios de nuestro cronista, el sempiterno Matías del Bosque, nos sea reconocido el derecho histórico como verdaderos y únicos fundadores de estas tierras.

Quede dicho.

El Glaciar

Sebastián nunca ha visto un barco de verdad, las gaviotas y los percebes guardan para él su secreto; pero cree que el cielo es el mismo en la tierra que en el mar y navega interminablemente porque no tiene recuerdos, los crea, los inventa al recorrer el firmamento, advierte rostros que le han sonreído desde lo alto de un velamen.

Tiene catorce años y una esbeltez anuncio del hombre fuerte y nervudo. Carga una maleta con mil trescientos trece pesos, dos mudas de ropa, unos zapatos que pronto le quedarán, un libro de Stevenson y la armónica que compró en el Mercado Independencia pensando que sería fácil tocarla.

Es temprano para hallar un camión, así que resuelve ir a pie hasta la estación. En el libro duerme un naufragio, el dibujo de una goleta hecha pedazos, sobrevivientes que yacen en la playa y encuentran su nueva vida en islas igual de solitarias que el corazón de Sebastián. La calle Madero es la contraparte del mar: cerrada, inmóvil. Los edificios de cantera parecen haber crecido del suelo como árboles exuberantes.

Hasta hace una semana, Sebastián era hijo de Arístides Villaseñor y Laura Ibarra, ambos bibliotecarios que nada supieron de aventuras; gente simple y ahorrativa que al

paso de veintidós años no pudieron tener un hijo y buscaron una adopción. Junto con el niño, recibieron un acta de nacimiento fechada en Veracruz.

La estación del Ferrocarril apenas despierta. Sebastián compra un boleto con destino a Manzanillo, ese puerto que su imaginación convierte en un mundo de niebla y barcos inmensos, sirenas llamando a partir, gritos organizando la carga hacia las distintas orillas del océano. El tren parte a las cinco cincuenta; una vez que los límites de Morelia quedan atrás, algo se endurece en el pecho de Sebastián, algo como una casa y un lecho y una pareja de bibliotecarios maduros que no son sus padres, lo sabe, y a quienes no desea odiar, y sin embargo siente que no podrá perdonarlos.

Recibió el aviso de correspondencia en el apartado postal de la papelería Hidalgo, donde trabajaba. Ahí estaba el nombre, era la primera carta que le enviaban en toda su vida. Pensó en una tarjeta de Arístides o Laura para sorprenderlo y fue al correo. Le entregaron una caja de mediano tamaño, astrosa, sucia de viajar de mano en mano, de ciudad en ciudad. Remitía el cabo Sebastián Figueroa Maldón desde el puerto de Salina Cruz, Oaxaca.

De lejos vio el lago de Pátzcuaro, deslumbrante cristal en el amanecer de este día en que Sebastián ha conocido el arrojo y también el miedo, el miedo de ir creciendo en pocas horas sin saber cómo ni por qué.

Se puso a deshacer el embalaje. Las paredes exteriores casi se deshicieron entre sus dedos, pero tras

ellas, sólida y compacta, apareció otra caja más pequeña.

Con el sol de las ocho en su ventanilla, vio el bosque cerrado de pinos que lo despedían al salir de Uruapan, las quintas añosas, el ejército de árboles de aguacate y limón que invadía las huertas. De ahora en adelante, el camino del tren sería un largo descenso.

Lo primero que apareció al abrir la caja fue un periódico. Era una sola hoja de *El dictamen* de Veracruz, sin fecha, cuyos dobleces asimétricos le daban apariencia de papel viejo, de simple material de protección; revisó cada noticia, cada cabeza, cada nombre. En una esquina, destacada aunque brevemente, se consignaba la llegada del mercante “Prometeo” luego de cuatro meses de travesía. Un golpe de ansiedad lo asaltó: el barco había encallado en aguas bajas cerca de Filipinas y el maestresala, Sebastián Figueroa Maldón, a fuerza de empeño y experiencia lo había salvado del naufragio. Dejó el periódico de lado. Dentro de una bolsa de plástico había fotos, algunos papeles sueltos, y al fondo, protegido con lona impermeable, algunas hojas escritas a mano.

La vegetación a ambos lados de las vías iba creciendo a medida que el tren bajaba rumbo a la costa. Floraciones de colores que jamás imaginó parecían saltar hacia las pupilas de Sebastián desde su ingravidez aparente. Los helechos, la chaya, la guanábana, el cueramo con su hiriente flor blanca habían tomado el lugar del pino y el oyamel sobre la tierra oscurecida por la humedad y la lluvia. Abrió la ventanilla,

quería llenarse de esas plantas, que su nariz fuera el receptáculo de la memoria y sus ojos la entrada a una región extraña de la que jamás desearía partir.

Aún después de leerlas no quiso entregarse al peso de aquellas palabras que le daban un origen y cegaban otro. Catorce años de pactos con el mismo sol, la casa protectora, el gigante de cantera dentro del que solía jugar, la sonrisa de Arístides y Laura... todo se desdibujaba a fuerza de golpes de conciencia.

En La Huacana el tren hizo un alto para levantar pasaje y paquetería postal. Habría un lapso de quince o veinte minutos que muchos pasajeros aprovecharon para almorzar en los puestos de comida de la estación. Los árboles más altos y robustos que Sebastián recordaba los encontró rodeando aquella humilde Plaza de Armas.

¿Qué son esos árboles?

"Tamarindos", le respondió alguien a cuyo rostro no prestó atención.

Un sentimiento entre culpa y orgullo lo asaltó al ir leyendo aquellas hojas. Poco a poco advirtió que las verdades del mundo iban más allá de su cuerpo y su corta historia de adolescente en una ciudad de catedrales y jardines.

La caligrafía de Sebastián Figueroa Maldón se apretaba en pliegos de papel extrañamente engrosado y frágil por la humedad. Con la misma paciencia del mar, dictadas por su ritmo, escribió cartas a un hijo desconocido a cuyas manos tal vez nunca llegarían. Eran mensajes breves algunos: la

noticia de un naufragio lejano que ponía a todos los marineros inquietos, una paga extra por haber llevado la carga a buen resguardo, la imagen de un cielo sin nubes. Otros, largos y tristes, acaso enternecidos por el roce del alcohol, contaban recuerdos familiares, rescataban para su hijo las imágenes del bisabuelo Everardo, viudo, Juez Municipal en Matehuala, que odiaba a los marineros; la decisión del primer Sebastián de irse a pesar de todo; historias de barcos fraternales y odiosos; recomendaciones sobre cómo tratar a cada océano y a cada mar en el mundo.

Cuando terminó de leer siguió con las fotografías. El bisabuelo Everardo dejaba de ser un viejo, una tez borrosa y se volvía un hombre fornido, de traje y zapatos de botón que abrazaba el hombro de su novia o esposa. Ella, menuda, trémula estaba sentada en un sillón de ratán y lo miraba. Una mirada de adolescente, sin más deseo que la contemplación por sí misma.

Después vino la imagen de dos niños casi idénticos (el de más edad de pie; el menor sentado en un taburete) vestidos con trajes de primera comunión; ambos mantenían un cirio en la mano derecha. Sebastián advirtió en los ojos del pequeño una resignada tristeza y supo que ése era su padre.

Aprovechó otra parada para comer en Mazamitla. Le gustó aquel pueblo escarpado y armónico. No hacía mucho calor, o tal vez el viento de la costa lo disipaba. Empanadas de queso de cabra, iguana en achiote, birria de chivo: todo era para Sebastián un descubrimiento.

Las fotografías, que le parecían muy viejas y olían aguardado, lograban que se transportara a un tiempo inimaginable. Alrededor de una mesa, tres marineros posan para la cámara. Su actitud poco natural, curiosamente, hace que el carácter de cada uno se defina. Enseñan al fotógrafo las cartas de un juego de pókar que tal vez jamás ocurrió. Dos de ellos, en primer plano, parecen alegres y dejan colgar de los labios un cigarrillo apagado. Hay una botella de brandy sobre la mesa. El tercer marino observa la lente, ve más allá, absorto. Su copa está vacía mientras las de los otros rebosan.

El descenso termina. Las vías se vuelven una larga línea recta y la vegetación se halla tan cerca que parece a punto de cerrarse sobre el tren. Hace calor.

Sebastián abre un poco la ventanilla. Las palmeras y los plátanos son de un verde que a un tiempo lastima y acaricia, y esa deslumbrante cercanía obliga a que sus ojos ardan y no pueda evitar un lagrimeo. Todo se vuelve por un instante caótico y verde. El aire que entra por la ventanilla seca las lágrimas. Con un bufido herrumbroso, el tren cambia de ritmo, su velocidad se hace irregular. Están llegando a Colima.

La última foto estaba protegida con papel de china. Una mujer morena, alta, cuya cintura estrechísima pasmó a Sebastián, lo veía desde el pasado. Reconoció en ella su cabello ensortijado; nada más.

La miró de arriba abajo, a contraluz, de cerca y lejos

como si fuera un juego. La fotografía estaba recortada para acomodarse en un marco oval, de modo que en el reverso sólo pudo leer:

astián de mi vida:

Si alguna esp

ueño el amor que el original siente
témplalo seguido para que el recuerdo
rque tu negrita jamás se borre del mu
TuMaría

Agosto 2 de 195

Aquel mundo fragmentado, parcial, injusto era Sebastián: palabras, imágenes hundidas en otro tiempo, la incertidumbre áspera y un apego que desde ahora y para siempre debía sentir.

Ni una cita, ni un llamado a reunirse encontró Sebastián en el envío de su padre, sólo reticencia, tal vez un amor contenido, frases cálidas y el anuncio de que el “Prometeo” estaría en Manzanillo hasta el 7 de octubre.

A través de un claro en la maleza, el relámpago azul del mar lo electrizó. Estuvo atento cada vez que la sinuosidad del camino dejaba entrever una línea de espuma, la formación de una ola, el horizonte nuboso; y tras una curva que hizo al tren tambalearse, lo encontró: abierto, gigantesco, remoto a sus dedos que acariciaron el cristal de la ventanilla.

En la Estación de Manzanillo el fragor de convoyes y la

densidad del aire cargado de humos y calores lo obligaron a correr hacia la calle. El sol que lo recibió, languidescente a las seis de la tarde, era sin embargo corrosivo.

Suciedad, olores desconocidos, el vago acoso del hambre fue todo lo que advirtió desde la acera antes de abordar el taxi que lo llevaría al muelle 62.

Dejó atrás la estación y, en poco tiempo, también el pueblo. Imaginó que Manzanillo sería más grande. En realidad era estrecho, casi agobiante la pesadez de sus casas, sucio de basura y salitre. No vio a ningún marinero, sólo a un grupo de soldados descargando una camioneta de la Armada.

El sol se ocultaba cuando el taxi lo dejó frente a una calle peatonal que desembocaba en el muelle 62. Un olor a madera húmeda lo hacía sentirse mal, como si avanzara con una lentitud insoportable.

Taciturnos, cinco barcos se alineaban en el muelle. Sin prisa, tratando de guardar en los ojos por mucho tiempo la altura inusitada del “Prometeo”, su color óxido, las amarras, ese vaivén como de animal antiguo, Sebastián se acercó. La escalera de acceso estaba cerrada. Llamó con toda su fuerza y al poco tiempo un hombre adormilado se asomó: la tripulación tenía la tarde franca; regresarían a eso de las diez; el barco zarparía al amanecer.

Aprovechando la última luz, deambuló por el muelle. En “El Glaciar” solicitaban grumetes. Era un galerón cansado de trasijar los mares, que sólo emprendía viajes

cortos; pero al pisar la cubierta Sebastián sintió una ligereza inexplicable, una emoción que lo cimbraba por completo. Llenó sus pulmones con aquel aire nuevo y observó el cielo rosáceo a lo lejos. Entonces tuvo hambre de verdad y buscó dónde comer cerca del muelle.

Los marineros del “Prometeo” le parecieron groseros y sucios. No vestían de manera especial, no llevaban insignias ni podían identificarse unos a otros. Fueron llegando, ora en grupos reducidos, ora solitarios, pero hacían escándalo, silbaban, maldecían riendo con fuerza como si en eso hallaran una razón para vivir.

Sebastián se acodó en el barandal de la escalera. Sus manos transpiraban, sentía en el cuello la tensión del viaje y de la espera. Esperó hasta que fue de madrugada. Tenía frío y las piernas le cosquilleaban de cansancio.

El “Prometo” dormía y a pesar de todo no se entregaba al sueño, temblaba con el ritmo de la marea como un ser vivo que se acomodara en su lecho, resoplando, midiendo la pequeñez de Sebastián que en la mirada tenía azoro y tristeza.

Gritos, risas ebrias se acercaban por el muelle. Varios hombres erraban los pasos, ora se abrazaban, ora se empujaban como rechazando el contacto. Se detenían, tomaban ánimo y seguían adelante hasta que llegaron al pie de la escalera del mercante.

Sebastián los vio subir, los catorce años se concentraron en sus ojos quizá por última vez y quiso gritar Sebastián, pero desde alguno de los barcos anclados surgió un

vuelo de carcajadas en sordina. Aferró la maleta, se acomodó el cabello desordenado por el viaje y la humedad, y trató de imaginar las líneas del rostro de su padre en las que se veía reflejado con vaguedad.

Las luces del muelle comenzaron a encenderse.

Sebastián escuchó lejos el silbato del tren saliendo de Manzanillo rumbo a otro destino, un destino que jamás conocería. Siguió su tono cadencioso como si se tratara de una huella. Luego, sin volverse, con pasos cada vez más largos, se dirigió a “El Glaciar” que lo había estado esperando toda su vida.

Índice

Sinsentidos.....	7
Celos.....	11
Así pasa.....	19
Carta de relación.....	24
Desde los océanos topográficos.....	31
Buena vecindad.....	38
Monterrey news.....	48
Historia de amor.....	63
Fin de temporada.....	70
Vocación.....	75
Educación sentimental.....	87
Ceremonia.....	100
El Glaciar.....	105

Cuentos de insomnio se terminó de imprimir el mes
de septiembre del 2017, en la Ciudad de México

Los Cuentos del insomnio de Héctor Alvarado no son sólo relatos hilarantes y divertidos, también se trata de narraciones que provocarán en el lector la necesidad de ponerse de pie, abandonar la cama y andar por la habitación con el libro en la mano. Porque en este volumen también hallaremos historias que nos quitarán el sueño, unas por la incontenible carcajada y otras por el sorpresivo desenlace.

Varios amigos cuarentones intentan reactivar su banda de rock de la juventud para ganar un concurso; un escritor encuentra el perro muerto del vecino en la puerta de su casa; un sujeto obsesivo e inseguro piensa que su esposa le es infiel, un sujeto reconoce al amor de su vida en una vendedora que va a buscarlo hasta su oficina para ofrecerle una enciclopedia; estos son algunos de los personajes y los conflictos que hacen de este libro una opción inmejorable para preferir leerlo que dormir a pierna suelta.

Dr. Mario Chávez Campos



SEP
SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA



DGESPE
DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN
SUPERIOR PARA PROFESIONALES DE LA
EDUCACIÓN

SOMOS
NORMALISTAS